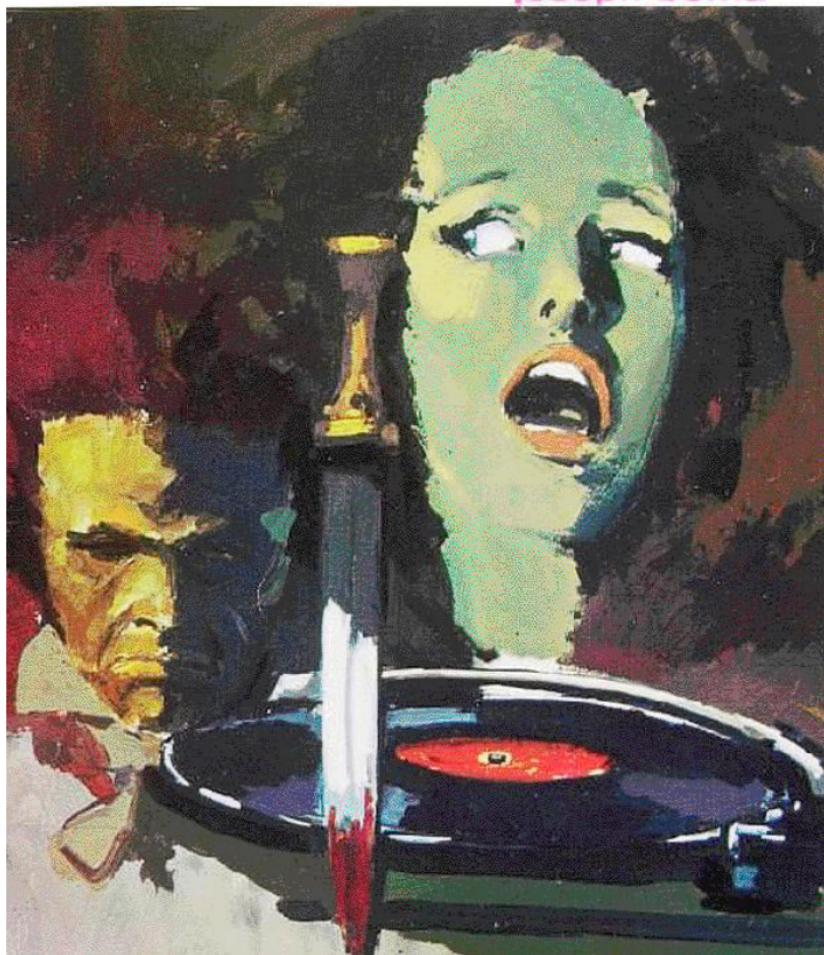




al asesino le gusta Beethoven

joseph berna



COLECCION

PUNTO ROJO



JOSEPH BERNA

**AL ASESINO LE
GUSTA BEETHOVEN**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 683
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 10.912 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1975

© JOSEPH BERNA - 1975

texto

© DESILO - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.278 — Misión en la isla del Canguro.

En Colección **KANSAS:**

843 — La elección de miss Oklahoma.

En Colección **COLORADO:**

841 — Un osado californiano.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

164 — La heredera del Cinco Estrellas.

En Colección **BUFALO SERIE AZUL:**

162 — Los hermanos Dinamita.

CAPÍTULO PRIMERO

Jeff Darrow, treinta y dos años, pelo castaño, de rasgos correctos y atlética constitución, exhaló un largo suspiro.

El aburrimiento comenzaba a reflejarse en su cara.

Pulsó el botoncito rojo del aparató electrónico que le comunicaba con Marjorie Holden, su secretaria, una monada de chica.

—¿Dime, Jeff?

—Estoy aburrido, Marjorie...

—¿De veras? —Había cierta ironía en la voz femenina.

—De veras...

—Sobre la mesa tienes el periódico de hoy. Ábrelo por la página de los pasatiempos y entretente rellenando las casillas del crucigrama gigante.

—No me divierte resolver crucigramas, Marjorie.

—Entonces, coge unas cuantas cuartillas y haz pajaritas de papel. O barquitos. Es muy divertido, Jeff.

—Marjorie...

—¿Sí?

—No quiero hacer pajaritas, ni barquitos, ni submarinitos. Lo que quiero es que vengas a mi despacho.

—Nones.

—¿Cómo?

—Que no puedo ir a tu despacho, Jeff.

—¿Olvidas que soy tu jefe, Marjorie? —recordó él, molesto.

—No, no lo olvido.

—Entonces, obedéceme.

—¿Para qué quieres que vaya a tu despacho? Jeff carraspeó ligeramente.

—He de dictarte una carta.

—Embustero...

—Es la verdad, Marjorie.

—Lo siento, Jeff, pero no dispongo de tiempo para las diversiones de costumbre. Tengo trabajo, ¿sabes?

—Ya lo harás más tarde.

—Imposible, porque más tarde ya no estaré aquí.

—¿Qué?

—Tan pronto como acabe con el expediente que tengo entre manos, me iré. Dejo el empleo.

—¿Eh...?

—Me caso, Jeff. Esta misma tarde.

Jeff Darrow se quedó con la boca abierta, completamente inmóvil.

Se levantó, con perpleja expresión, y caminó lentamente, como un autómatas, hacia la puerta de su despacho.

La abrió y se quedó mirando fijamente a su rubia secretaria.

Ella también le miró, sonriendo atrevidamente.

—Te cayó la noticia como una bomba, ¿eh, Jeff?

Jeff Darrow avanzó unos pasos, hasta situarse ante la mesa de Marjorie Holden. Se inclinó y apoyó las manos en ella.

—Es una treta, ¿verdad, Marjorie?

La atrayente rubia movió la cabeza de derecha a izquierda.

—No, Jeff.

—Sí, claro que lo es. Quieres aumento de sueldo y pretendes asustarme con lo de la boda. Está bien, ¿cuánto?

—Oh, Jeff... —rió ella, moviendo de nuevo su cabecita—. ¿Por qué no lo admites de una vez? Me caso, me caso, me caso. Con un tal Rudy Stevens, pintor...

—¿De brocha gorda?

—De la otra.

—¿Cuánto tiempo hace que le conoces?

—Una semana justa.

—¿Y en tan poco tiempo...? —repuso asombrado Jeff Darrow, elevando mucho las cejas.

—Rudy es un tipo encantador, Jeff. Moreno, alto, fuerte y varonil, con una barbita la mar de atractiva...

—Vaya, con barbita y todo —rezongó él.

—Me gustó en seguida.

—Ya.

—También yo le gusté a él...

—Comprensible.

—Nuestro encuentro fue muy original. Tropezamos en la calle, casualmente, cuando yo salía de comprarme un bolso en los almacenes Alexander. Rudy me derribó, pero no me causó ningún daño. Demostró su buena educación disculpándose de mil maneras. Me invitó a tomar un Martini y yo acepté. Simpatizamos rápidamente.

—Qué bien.

—Cuando me dijo que era pintor, me mostré muy interesada, porque siempre me han chiflado los pintores. Entonces, él me propuso ir a su apartamento, para que conociera su estudio.

—Y tú aceptaste.

—Claro.

—¿Puedo saber qué sucedió en la guarida del pintor?

—Me propuso que posara para él —respondió ella, con pícaro gesto.

—Qué cuco —masculló Jeff, ceñudo.

—Aquella misma noche posé por primera vez para Rudy.

—Qué chica tan decidida.

—Con una manzana...

—¿Por qué no con el bolso, que cubría más?

—Porque Eva no llevó nunca bolso. En el paraíso no necesitaba ir de compras, tenía de todo...

—Ese Rudy Stevens no tiene un pelo de tonto.

La seductora rubia hizo un mohín malicioso.

—No seas mal pensado, Jeff. No pasó nada...

—A ese pintor habría que darle una medalla.

—Bueno, no pasó nada... hasta anoche.

—Olvidemos lo de la medalla.

—No sucedió como tú te imaginas, Jeff. Rudy me confesó antes que se había enamorado de mí, que me quería sinceramente y deseaba casarse conmigo. Por eso no me opuse.

—Claro, claro.

—Esta tarde seremos marido y mujer.

Jeff Darrow dejó de apoyarse en la mesa y suspiró resignado.

—En fin, veo que estás decidida a casarte con tu Adán.

—Lo estoy, Jeff.

—Tendré que buscarme una nueva secretaria. Y va a resultar difícil encontrar otra como tú, Marjorie.

Ella le dedicó un abaniquero de pestañas.

—Gracias por el cumplido, Jeff.

—Tú sabes que no es ningún cumplido. El noventa y nueve por ciento de las secretarias, si son inteligentes, son feas como un chimpancé, y si son bonitas y bien formadas, son más torpes que un corcho. Tú formas parte de ese uno por ciento que reúnen eficacia y belleza, Marjorie. Qué pena que te tropezaras en la calle con ese pintor...

La sugestiva rubia se mantuvo en silencio durante unos segundos.

Luego se levantó, se situó ante Jeff Darrow y le echó los brazos al cuello.

—Jeff, si tú quieres, mando al pintor a la porra —ronroneó.

—Ya puedes ir sacándole el billete, Marjorie —repuso él, abarcándola por la cintura. Estaba a punto de besarla, cuando ella interpuso una mano entre sus bocas.

—Jeff...

—¿Sí?

—¿De veras quieres que me quede a tu lado?

—Aparta la mano y te lo demostraré.

—¿Quieres casarte conmigo, Jeff?

—¿Cómo? —Respingó él.

—Tú me gustas más que el pintor.

—Pero...

—¿Qué me respondes, Jeff?

Jeff Darrow no respondió nada.

Ella le besó, con toda su experiencia, para ver si le convencía.

—Dame tu respuesta, Jeff.

Jeff Darrow carraspeó embarazosamente.

—Verás, Marjorie...

—Sin rodeos, Jeff.

—Es que el matrimonio no me tienta por ahora...

La desilusión asomó en los azules ojos de la secretaria.

Forzando una sonrisa, suspiró:

—En fin, tendré que conformarme con el pintor...

—Te deseo de corazón que te vaya bien con él. Marjorie. Ella,

separándose de él, dijo:

—Gracias, Jeff. Recordaré siempre los buenos ratos que hemos pasado juntos. Y ahora, si no te importa, me voy. Es muy poco lo que resta por pasar a máquina en el expediente de tu último caso.

—No te preocupes, yo lo acabaré.

Marjorie Holden cogió su bolso, miró una vez más a Jeff Darrow y abandonó la oficina. Jeff permaneció un rato allí, en la antesala de su despacho.

Sentía la marcha de Marjorie, pero no había podido evitarla. Casarse con ella...

No, no podía casarse con ella, porque no estaba enamorado.

Además, Marjorie Holden no era el tipo de chica que a él le gustaría para ir al matrimonio.

El timbre del teléfono cortó sus meditaciones.

No precisó entrar en su despacho. Descolgó el auricular del aparato que descansaba sobre la mesa que había utilizado Marjorie durante los últimos meses, y se lo aproximó al oído.

—¿Diga?

—¿Jeff Darrow? —le preguntaron, un tanto adustamente, a través del hilo telefónico. Jeff sonrió socarronamente.

—Sí, soy Darrow, teniente Parks. ¿A qué debo el honor de su llamada?

Gary Parks, de la Brigada de Homicidios de Las Vegas, soltó un gruñido y advirtió:

—No empieces con tus ironías, Darrow.

—Nada de ironías, teniente. Educado que es uno... Por el receptor llegó un nuevo gruñido.

—Diablos, no parece estar hoy muy alegre, teniente Parks.

—Tengo motivos para estar disgustado.

—¿Problemas con la suegra...?

—Deja en paz a mi suegra, ¿quieres?

—De acuerdo. Vamos, hableme de esas cosas que le causan disgusto.

—La primera, haberme visto obligado a telefonearte.

—Con lo que a mí me gusta oírle, teniente... Gary Parks masculló una imprecación.

—No me busques las cosquillas, Darrow.

—Se irrita usted sin motivo, teniente. Yo le tengo simpatía,

usted lo sabe bien. Y pondré cuanto esté de mi parte para que algún día esa simpatía sea recíproca.

—Eso no será posible mientras sigas husmeando en asuntos que conciernen única y exclusivamente a la policía.

—Lamento contradecirle, teniente Parks, pero cuando comienzo la investigación de un caso, es porque antes ha venido un cliente a contratar mis servicios. ¿Qué culpa tengo yo de que algunas personas confíen más en mi capacidad investigadora que en la de la policía local?

Gary Parks rezongó un juramento.

—¡Pero qué capacidad investigadora ni que...!

—Ojo con lo que suelta por esa boca, teniente, que mi secretaria podría estar escuchando.

Parks se engulló el exabrupto y barbotó algo por lo bajo.

—Gracias en nombre de Marjorie, teniente. Y ahora, si es tan amable, dígame el motivo de su llamada.

—He de hablar contigo, Darrow.

—Ya estamos hablando...

—Ha de ser en mi despacho. Y lo antes posible.

—¿Tan importante es?

—Sí, es importante.

—Ahora mismo salgo hacia ahí, teniente.

—Te espero, Darrow —dijo Gary Parks, cortando la comunicación. Jeff dejó el auricular sobre la horquilla.

Minutos después, detenía su coche, un «Plymouth» azul, muy presentable todavía, ante el Departamento de Policía.

Entró en él y fue directamente al despacho de Gary Parks.

Tras dar unos golpecitos con los nudillos, abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Teniente? —saludó, con la sonrisa en los labios.

—Entra y cierra la puerta, Darrow —indicó el teniente, con seriedad. Jeff obedeció.

—Siéntate.

El investigador lo hizo, ante la mesa tras la cual se hallaba Gary Parks, sentado en su sillón.

El teniente era un hombre de unos cuarenta y cinco años, corpulento, de elevada estatura, con las cejas muy espesas.

Abrió la carpeta que tenía sobre su mesa, extrajo una fotografía

y se la mostró a Jeff Darrow.

—Toma, éste soy yo —murmuró el investigador, denotando sorpresa.

—No estás solo en la foto, Darrow —observó Parks.

—Es cierto. Esta pelirroja tan sensacional que me acompaña es Janet Stockwell, una amiga mía. Nos hicimos esta fotografía en el club Mercurio, donde ella trabaja. Por eso aparece tan ligera de ropa en la foto.

Gary Parks guardó silencio. Jeff le miró, extrañado.

—¿Cómo consiguió esta fotografía, teniente? Parks esperó un poco y luego informó:

—Janet Stockwell ha sido asesinada.

CAPÍTULO II

La revelación del teniente Parks dejó paralizado a Jeff Darrow. Durante bastantes segundos, fue incapaz de articular palabra.

—¿Que Janet ha sido...? —murmuró.

—Fue hallada sin vida esta misma mañana, en su apartamento, por el encargado del edificio, un tal Walter Murphy —explicó Gary Parks—. El hombre se extrañó al ver entreabierta la puerta del apartamento de la muchacha. Se asomó y la llamó un par de veces, pero ella no respondió, a pesar de que las luces del *living* permanecían encendidas. El encargado entró en el apartamento, un tanto preocupado, y se encontró a Janet Stockwell tirada boca abajo en el suelo del *living*, sobre un gran charco de sangre. Inmediatamente nos llamó.

—¿Cómo la mataron, teniente?

—Con un cuchillo. Se encontraba en el suelo, junto al cadáver. Sin duda pertenecía a la víctima, puesto que en uno de los cajones de la mesa de la cocina había otros idénticos. El asesino debió cogerlo de allí.

—¿Tienen idea de quién pudo...?

—Ninguna por ahora. Acaban de traerme el informe del laboratorio, bastante extenso por cierto. Ya le he dado la primera ojeada. El forense asegura que Janet Stockwell fue asesinada entre las tres y media y las cuatro de la madrugada. Su muerte fue instantánea, aunque...

—Continúe, teniente.

Gary Parks se pasó una mano por el cuello.

—El homicida la hizo sufrir mucho antes de matarla... Jeff, con voz grave, casi ronca, inquirió:

—¿Quiere decir que se ensañó con ella, teniente?

—Físicamente, no.

—Explíquese, se lo ruego.

—El cuerpo de la muchacha no presentaba señales de golpes por ningún lado, con lo cual queda claro que no la maltrató. Pero se han encontrado residuos de cinta adhesiva en sus labios y en las zonas más próximas a ellos, lo que confirma que el asesino le cubrió la boca para que no pudiera gritar. También se han observado rozaduras en la piel de las muñecas y de los tobillos, producidas, con toda seguridad, por las cuerdas que debió utilizar el homicida para atarla de pies y manos. Según añade el informe, por la horrible expresión de terror que conservaba el rostro de la víctima, se deduce que debieron transcurrir bastantes minutos antes de que el criminal se decidiera a acuchillarla.

—¿Insinúa usted que...?

—Sí, Darrow. Todo parece indicar que Janet Stockwell estuvo en poder de su asesino un buen rato, totalmente indefensa, esperando el momento de su muerte. De ahí que conservara esa estremecedora expresión de pánico... Debe ser espantoso saber que de un momento a otro van a acabar con uno a cuchilladas, pero si la espera se alarga cruelmente, se puede llegar incluso a enloquecer de terror...

Jeff mantenía apretados los maxilares y sus pupilas despedían un brillo extraño.

—Sólo el más ruin de los canallas sería capaz de atormentar de ese modo a una persona antes de acabar con ella —comentó.

—Estamos de acuerdo, Darrow. El individuo que cometió el crimen debe tener muy malas entrañas. Casi me atrevería a afirmar que fue obra de un demente, aunque, eso sí, un demente muy listo. No dejó huellas por ninguna parte.

—Por lo que veo, teniente, no va a ser fácil dar con él.

—No, no lo será —convino Gary Parks.

—¿Quién va a llevar la investigación del caso?

—El sargento Butler.

—Max Butler es un hombre muy eficiente —opinó Jeff.

—Sí, lo es.

Jeff, mirando de nuevo la fotografía, murmuró:

—Pobre Janet...

—Cuéntame todo lo que sepas de ella, Darrow.

—Nos conocimos en el club, hará unos seis meses. Janet era una de las chicas que se movían delante de los músicos, mientras éstos

interpretaban ritmos trepidantes.

—Esa clase de trabajo hace sospechar que Janet Stockwell...

—No era mala chica, teniente —le interrumpió Jeff—. Dada su ocupación en el club, era lógico que le llovieran las proposiciones, pero Janet no se vendía a ningún precio. Alternaba sólo con aquellos hombres que le agradaban, que le resultaban simpáticos. A todos los demás, los mandaba rápidamente a paseo.

—¿No crees que alguno de éstos, cegado por las negativas de Janet, haya sido quien...?

—No lo creo, teniente. Janet Stockwell era una muchacha preciosa, con un cuerpo excepcional, pero así hay muchas en Las Vegas.

—Hay tipos muy caprichosos, Darrow.

—Sí, es cierto. Pero por la forma en que murió Janet, hay que convenir en que el asesino es un individuo frío, calculador, de nervios de acero. Esa imagen no corresponde al hombre que pierde fácilmente la cabeza por una chica de club. Además, este último habría intentado abusar depila antes de matarla, se hubiera producido un tenaz forcejeo entre ambos. Si Janet no tenía señales de golpes, es porque no luchó con su asesino...

¿Cómo vestía cuando fue hallada muerta, teniente? ¿Ropas de calle? ¿De dormir?

—De calle. Llevaba un vestido verde, corto y ceñido. Incluso medias y zapatos.

—De lo que se deduce que el asesino la sorprendió tan pronto como ella entró en su apartamento. Tal vez la estaba esperando...

—Sí, así debió ocurrir. Su cama no estaba deshecha.

—¿No llevaba el vestido estropeado?

—No, sus ropas estaban intactas. Si exceptuamos los agujeros producidos por el cuchillo, naturalmente.

—Está claro, pues, que el asesino no deseaba aprovecharse de Janet Stockwell. Quería asesinarla, nada más. Sin embargo, ¿por qué hacerla sufrir de aquel modo? ¿Por qué martirizarla despiadadamente, retrasando tanto el momento de su muerte? ¿Qué ganaba con ello el homicida?

—También yo me he hecho estas preguntas, Darrow, pero sin obtener respuesta. Por eso dije antes que este crimen parece obra de un demente, de un hombre con la razón perturbada. Creo que sólo

un cerebro enfermo es capaz de llevar a cabo algo tan diabólico...

Sobrevino una pausa.

El teniente Gary Parks rompió el silencio:

—¿Cuándo viste por última vez a Janet Stockwell?

—Hace cuatro noches. Estuve en el Mercurio, tomando unas copas. Cuando Janet acabó su trabajo, la acompañé a su apartamento, en mi coche.

—¿No observaste en ella algún síntoma de, preocupación, algún temor por algo o por alguien?

—Nada en absoluto, teniente. Janet se veía alegre, simpática, desenfadada... Como siempre, porque ése era su carácter.

—Esta fotografía la tenía sobre el mueble bar.

—Lo sé.

—Eso demuestra que Janet Stockwell te apreciaba bastante.

—Sí, éramos buenos amigos.

—Ésa es una de las razones por las cuales te he hecho venir, Darrow: tu amistad con la víctima.

—No le entiendo bien, teniente. ¿Qué trata de decirme?

—Que no debes intervenir en el asunto.

Jeff, parsimoniosamente, sacó sus cigarrillos.

—¿Un pitillo, teniente? —preguntó, estirando el brazo. Gary Parks negó con la cabeza.

Jeff se llevó uno a los labios y le prendió fuego con su encendedor de gas. Tras expulsar la primera bocanada de humo, inquirió:

—¿Por qué quiere que me mantenga al margen, teniente?

—Porque nos corresponde a nosotros esclarecer el asesinato de Janet Stockwell. Tú dijiste por teléfono que nunca comienzas una investigación sin que antes te hayan contratado para tal fin. Pues bien, en el caso Stockwell, nadie te ha contratado, así que no puedes intervenir. Deja que el sargento Butler lleve el asunto a su modo, no entorpezcas su labor.

—No pienso entorpecer la labor del sargento Butler, teniente.

—Así lo espero, Darrow, porque si lo hicieras, no dudaría en ponerte entre rejas hasta que se solucione el caso Stockwell.

—Oiga, teniente, tampoco es justo que si puedo echarle una mano al sargento...

—Te prohíbo terminantemente intervenir, Darrow. Jeff movió la

cabeza.

—Hay cosas que uno no entiende, teniente Parks. Se ha cometido un crimen, un crimen brutal y salvaje. Se supone que la policía debe poner en movimiento todas las fuerzas disponibles para descubrir y capturar al autor del mismo. ¿Por qué, entonces, me prohíbe colaborar con ustedes?

—Porque tú no eres policía.

—¿Y eso qué tiene que ver? Lo que importa es dar cuanto antes con el asesino de Janet Stockwell, ¿no?

—Daremos con él, no te preocupes.

—Pero...

—No insistas, Darrow —le cortó Gary Parks—. Si necesitamos algo de ti, te llamaremos. Y que no caiga en saco roto mi advertencia.

Jeff dio un suspiro, aplastó el resto de su cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesa y se puso en pie.

—Está bien, teniente. No moveré un dedo para esclarecer el asesinato de Janet Stockwell, si es eso lo que quiere.

—Sí, eso es lo que quiero.

—¿Alguna cosa más, teniente?

—No, Darrow. Puedes irte.

—¿Le importa que me quede con la foto? Me gustaría conservar un recuerdo de Janet...

—Puedes quedártela. He mandado hacer copias.

—Gracias, teniente —repuso Jeff, guardándosela en el bolsillo interior de la chaqueta—. Y por favor, si dan con el asesino de Janet Stockwell, hágamelo saber.

—Yo mismo te lo comunicaré.

El investigador hizo un ademán y caminó hacia la puerta. Antes de abrirla, se volvió.

—Se me olvidaba, teniente...

—¿Qué se te olvidaba, Darrow? —interrogó Gary Parks, entrecerrando un ojo con desconfianza.

—Pedirle autorización para ver el cadáver de Janet Stockwell.

—Darrow...

Jeff alzó una mano.

—No, no piense que voy a desobedecerle, teniente. Le aseguro que me mantendré al margen del caso. Pero deseo ver a Janet por

última vez. No me lo impida, se lo ruego...

—De acuerdo, Darrow —autorizó Parks, aunque a regañadientes.

—Gracias otra vez, teniente —sonrió Jeff, saliendo del despacho de Gary Parks. Veinte minutos más tarde, aparcaba su coche ante el depósito de cadáveres. Entró y preguntó por Larry Masters, el encargado.

Éste no tardó en aparecer.

Era un tipo grueso, corto de estatura, de cara redonda como una sandía. Se cubría con una bata blanca, como los médicos.

—¿Qué te trae por aquí, Darrow? —inquirió, sonriendo con amabilidad.

—Hola, Larry. Tengo autorización del teniente Parks para darle una ojeada al cadáver de una joven que asesinaron esta madrugada. Se llamaba Janet Stockwell.

Larry Masters dejó de sonreír.

—¿Vas a investigar el caso?

—No.

—Entonces, ¿por qué quieres ver su cadáver?

—Era amiga mía, Larry.

El encargado del depósito hizo una mueca.

—No será agradable, Darrow...

—Nunca es agradable ver un cadáver.

—Lo que quise decir...

—Sé lo que hicieron con ella, Larry. El teniente me puso en antecedentes. Larry Masters dio un par de cabezadas.

—Acompáñame, la tenemos abajo.

Jeff Darrow y Larry Masters descendieron a la planta inferior. Empezaron a cruzar un largo corredor.

Casi al final, el encargado abrió una puerta y ambos penetraron en una habitación de temperatura bastante baja.

En la pared del fondo había una especie de gigantesco archivador metálico. Todos los cajones estaban numerados.

Jeff sabía muy bien lo que contenían.

Larry Masters atrapó el asa de uno de los cajones, el 114.

Tiró lentamente de ella, se oyó el chirriar de unas ruedas, y el cajón comenzó a salir. Jeff Darrow tragó saliva, preparándose para recibir una fuerte impresión.

Cuando la mitad del cajón estuvo fuera, el encargado del depósito miró al investigador. Jeff asintió con un gesto.

Larry Masters cogió una de las puntas de la sábana que cubría totalmente el cadáver de Janet Stockwell.

Jeff apretó los dientes y contuvo la respiración.

El encargado tiró de la sábana, descubriendo parte del cuerpo sin vida de la muchacha. De nada le sirvió a Jeff Darrow haberse preparado para aquel desagradable momento. El corazón empezó a latirle muy de prisa, casi alocadamente, mientras un estremecimiento le recorría el cuerpo de pies a cabeza.

Empalideció en pocos segundos.

Larry Masters, al verle cerrar los ojos, cubrió nuevamente el cadáver, empujó el cajón y lo devolvió a su sitio.

—Es lógico que te hayas impresionado, Darrow. También yo, a pesar de estar acostumbrado a ver cosas desagradables, me quedé sin color en las mejillas cuando vi la expresión de su rostro...

Jeff, con los puños rabiosamente apretados, murmuró:

—Le clavaron seis veces el cuchillo...

—De forma innecesaria, porque cualquiera de ellas habría bastado para poner fin inmediatamente a su vida. Le fueron asestadas en puntos vitales.

—Y su cara...

—No debiste ver su cadáver, Darrow. Si no vas a ocuparte del caso... Jeff clavó sus ojos en Larry Masters.

Estuvo a punto de gritarle a pleno pulmón que no descansaría hasta dar con el canalla que había sido capaz de cometer aquella monstruosidad con Janet Stockwell, pero se contuvo.

No le convenía decirlo.

El teniente Parks podría enterarse.

Y le impediría indagar por su cuenta.

Por nada del mundo desearía que se lo impidiera.

El asesino de Janet Stockwell, fuera quien fuese, tendría que verse las caras con él antes que con nadie.

Y si conseguía echarle las manos al cuello...

La voz del encargado del depósito interrumpió sus meditaciones:

—Darrow...

—¿Eh?

—¿Te encuentras bien?

El investigador se pasó una mano por la cara y exhaló aire.

—Sí, Larry, estoy bien, no te preocupes. Y gracias por todo.

Jeff movió las piernas, y, sin esperar al encargado, salió de la fría habitación, cruzó el corredor con paso raudo, subió las escaleras y abandonó el depósito de cadáveres.

Entró en su coche, accionó las llaves de contacto y lo puso en marcha, dirigiéndose hacia el apartamento de Janet Stockwell.

Por allí debía empezar...

CAPÍTULO III

El hombre que se hallaba tras el pequeño mostrador, ojeando un periódico, alzó la mirada al escuchar pasos.

—Buenos días, amigo —saludó Jeff, parándose ante el mostrador.

—Buenos días, señor —correspondió el hombre, quitándose los lentes—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Es usted Walter Murphy, el encargado del edificio?

—Sí, yo soy.

—Me llamo Jeff Darrow. Era amigo de Janet Stockwell... Walter Murphy entristeció el semblante.

Aparentaba unos cincuenta y cinco años y era menudo.

—Fue algo horrendo, señor Darrow...

—Lo sé, estoy bien informado.

—¿Es usted policía?

—No.

—Pues tiene cara de eso... Jeff sonrió.

—Soy investigador privado.

—Ya decía yo que por su aspecto...

—Me gustaría dar un vistazo al apartamento de Janet Stockwell, señor Murphy.

¿Podría ser?

—Tendrán que autorizarle los hombres que están arriba.

—¿Qué hombres?

—Los policías, naturalmente. Son dos. Jeff frunció el ceño al escuchar aquello. Primer problema a la vista...

Bien, trataría de resolverlo.

—Gracias, señor Murphy. Subiré a ver si me dejan entrar.

—Como quiera.

Jeff se coló en el ascensor y pulsó el botón de la cuarta planta. Una vez en ella, avanzó hacia la puerta del apartamento de Janet

Stockwell. Apretó el timbre con la yema del índice diestro.

Segundos después, la puerta se abría. Un rostro conocido asomó por ella. Jeff sonrió.

—Hola,

O'Connor.

El agente Billy

O'Connor,

un pelirrojo de rostro alegre, que andaría por los veintiocho años, sonrió ampliamente.

—Me alegro de verte, Darrow.

—¿De veras? —Pareció extrañarse Jeff.

—Naturalmente. Hice una apuesta con el sargento Butler, ¿sabes? Yo aseguré que antes del mediodía te veríamos aparecer por aquí. El sargento dijo que no, que el teniente Parks no te permitiría meter las narices en el caso Stockwell. Apostamos cinco dólares. Ahora mismo haré que los escupa.

Una voz gruñó desde el interior:

—¿Quién es,

O'Connor?

El pelirrojo le guiñó un ojo al investigador y respondió:

—Me debe cinco pavos, sargento.

—¿Cómo?

—Le gané la apuesta, sargento. Tenemos aquí a Jeff Darrow en persona. Se oyeron unas pisadas que parecían de elefante.

Max Butler apareció, rezongando maldiciones.

Sus 1,90 de estatura, y sus casi cien kilos de peso, imponían respeto al primer golpe de vista. Tenía el mentón cuadrado, y la nariz gruesa, aplastada, como si de un boxeador curtido en cien peleas se tratara. Frisaba los cuarenta años.

Se detuvo a un palmo de Jeff y le mostró sus colmillos de tigre.

—¡Largo de aquí, Darrow!

—Un momento, sargento...

—¡Aquí no tienes nada que hacer!

—Acabo de hablar con el teniente Parks...

—Apuesto a que te ha pedido que te ocupes del caso —dijo Max Butler, con todo el sarcasmo del mundo.

Jeff movió la cabeza.

—Me pidió todo lo contrario, sargento.

—No me digas... —Siguió mofándose Butler.

—Sí, sargento, el teniente Parks me ha prohibido investigar. Y yo estoy dispuesto a obedecerle.

Max Butler arrugó el entrecejo.

—No te va esa actitud sumisa, Darrow. Huele a falsa.

—Es la verdad, sargento. Yo sólo me ocupo de un caso cuando alguien me paga por ello. Y como nadie me ha contratado para ocuparme del caso Stockwell...

El pelirrojo Billy

O'Connor

sonreía irónicamente.

No creía una sola palabra de cuánto decía el investigador. El sargento Butler interrogó:

—Si es cierto lo que dices, ¿qué pintas aquí? Jeff carraspeó ligeramente.

—Verá, sargento, el teniente Parks y yo hemos mantenido un largo diálogo. Quería que le hablara de Janet Stockwell. La chica y yo éramos buenos amigos, ¿sabe?

—Sí, encontramos una fotografía en la que estabas con ella.

—Le dije al teniente todo cuanto sabía de Janet Stockwell, pero es probable que se me haya olvidado algo. Por eso he venido, sargento. Si doy una ojeada al apartamento, tal vez encuentre alguna cosa que les ayude a solucionar el caso...

Max Butler titubeó:

—¿Sabe el teniente Parks que venías hacia aquí? Jeff se tironeó el lóbulo izquierdo.

—Pues no, porque cuando le dejé, no tenía intención de hacerlo.

—Si el teniente llegara a enterarse de que...

—Oh, no se enterará, sargento. Vamos, déjeme entrar. Y si encuentro alguna cosa, se lo comunicaré al instante.

—Está bien, Darrow. Adelante.

—Gracias, sargento.

—Pero sólo unos minutos, ¿eh? —advirtió, apuntándole con un dedo que parecía el as de bastos.

Jeff asintió con la cabeza y entró en el apartamento.

Fue directamente al *living*, seguido de Max Butler y Billy

O'Connor.

Sobre el suelo, marcada con tiza, se veía la silueta del cuerpo de

Janet Stockwell, tal y como fuera hallada por Walter Murphy, el encargado del edificio.

Jeff observó atentamente la estancia.

—¿Tienen ya alguna pista, sargento?

—Ninguna.

—Y aunque la tuvieran...

—No te lo diría —gruñó Butler. El investigador sonrió.

Sus ojos continuaban examinando el *living*, sin prisas, minuciosamente. Se clavaron en una estantería que había empotrada en la pared.

El departamento superior contenía libros.

El siguiente se hallaba repleto de discos. En el inferior, descansaba un tocadiscos.

A Jeff le llamó la atención el ver que sobre el soporte giratorio del mismo había un disco, dispuesto para ser escuchado.

La funda del disco se encontraba a la izquierda del tocadiscos.

Correspondía a la *Novena Sinfonía* de Beethoven, interpretada por la Orquesta Filarmónica de Berlín, bajo la dirección de Herbert von Karajan.

—¿Puedo cogerla, sargento? —preguntó Jeff, apuntando la funda del disco.

—Sí —autorizó Max Butler—. Tanto en ella, como en el disco, no hay más huellas que las de Janet Stockwell.

Jeff cogió la funda y la revisó cuidadosamente.

Buscaba el sello o la etiqueta adhesiva del establecimiento en que fue vendido. En la parte exterior, no había nada.

En la interior...

Sí, en la interior sí había algo: señales de que la etiqueta adhesiva había sido arrancada. Jeff lanzó mentalmente una maldición.

Había creído encontrar la primera pista, pero...

—¿Por qué la revisas con tanto interés, Darrow? —inquirió Max Butler, mostrándose intrigado.

—Oh, por nada —respondió Jeff, dejándola donde estaba antes.

Billy

O'Connor,

mirando la portada, sobre la cual destacaba la efigie del que era considerado como el más grande músico de todos los tiempos,

comentó:

—Evidentemente, a Janet Stockwell le gustaba Beethoven... Jeff Darrow sonrió levemente.

Cuán equivocado estaba el pelirrojo...

A Janet Stockwell no le gustaba Beethoven.

Ni Mozart, ni Wagner, ni Tschaikowsky, ni Strawinsky...

¿Cómo iban a gustarle, si aborrecía la música clásica? Toda, sin excepciones...

Entonces, ¿qué hacía allí, en el apartamento de Janet Stockwell, la *Novena Sinfonía* del gran compositor alemán?

Jeff tenía explicación para aquella circunstancia tan rara: la había dejado el individuo que, después de llenar de horror a Janet Stockwell, le había asestado tres cuchilladas en el pecho, dos en el estómago, una en el vientre...

Ya sabía algo sobre el asesino: le gustaba Beethoven.

Si el tipo no hubiera reparado en el detalle de quitarle a la funda del disco la etiqueta adhesiva del establecimiento vendedor...

Pero, por lo visto, el asesino de Janet no cometía el más leve descuido.

Jeff Darrow ojeó el resto del apartamento, siempre seguido por Max Butler y Billy

O'Connor,

pero no encontró nada más de particular.

—¿Has dado con algo, Darrow? —interrogó Butler. Jeff hizo una mueca.

—Nada, sargento. Lo siento. Max Butler emitió un gruñido.

—Está bien, Darrow. Ahora, largo de aquí. Y no se te ocurra volver, ¿entendido?

—Descuide, sargento Butler. Le deseo mucha suerte en la investigación del caso. Hasta la vista,
O'Connor.

—Adiós, Darrow —sonrió el pelirrojo.

El investigador salió del apartamento de Janet Stockwell. Max Butler gruñó un impropio y ordenó:

—Vamos,

O'Connor,

prosigamos con nuestro trabajo.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¡Para encontrar algo que nos conduzca hasta el asesino de la muchacha! —se exaltó Butler.

—Si Jeff Darrow no ha sido capaz de encontrar nada, ¿cómo vamos a encontrarlo nosotros?

—¡No digas estupideces,

O'Connor!

—Rebuznó Max Butler.

—Darrow es un rato listo, sargento, usted lo sabe. Aunque pertenezca a la competencia, debemos reconocerlo. Si aquí hubiera alguna pista, Jeff Darrow la habría hallado, seguro.

—¡Darrow sólo ha estado aquí unos minutos! ¡Y nosotros disponemos de todo el tiempo que haga falta!

Billy

O'Connor

señaló la funda del disco de la *Novena Sinfonía*.

—¿Por qué la examinaría Darrow con tanta atención, sargento?

—¡Y yo qué sé!

—Yo no le veo nada de particular...

—¡Ni yo!

—Una cosa está clara, sargento.

—¿El qué?

—Beethoven no es el asesino —sonrió el pelirrojo.

—¡Basta de majaderías,

O'Connor!

¡Vamos, hay que revolver el apartamento de arriba abajo!

—Sí, sargento —repuso con desgana Billy

O'Connor.

Ambos reanudaron su tarea.

Lo primero que hizo Jeff Darrow, al entrar de nuevo en su automóvil, fue dirigirse a la redacción de uno de los periódicos de mayor difusión en Las Vegas.

Insertar un anuncio le pareció el camino más rápido para conseguir una nueva secretaria.

En la misma redacción del periódico solicitó que le prestaran una guía telefónica. La chica que le había atendido, accedió amablemente.

Jeff buscó el número del club Mercurio.

Cuando lo encontró, lo anotó en su agenda, le dio las gracias a la atenta empleada y salió a la calle.

A unos cincuenta pasos de la redacción del periódico se veía una cabina telefónica. Jeff caminó hacia ella, entró, depositó una ficha y disco el número del club Mercurio.

—Diga... —le respondió una voz de hombre, con monotonía.

—Oiga, amigo, soy un cliente del club. ¿Podría facilitarme la dirección de una de las chicas que trabajan ahí? Se llama Connie.

—¿Connie qué?

—Desconozco su apellido. Es alta, morena, lleva el pelo corto, muy atractiva... ¡Ah!, y tiene un lunar muy picarón cerca del ombligo.

A través de la línea le llegó una risita.

—Debe tratarse de Connie Brooks.

—¿Tiene el lunar ese que le digo?

—Sí, lo tiene.

—Entonces es ella, no cabe duda.

—Vive en el 286 de la calle Wheel, octava planta.

—Gracias, amigo.

Jeff colgó el auricular, salió de la cabina y avanzó rápido hacia su coche.

Un rato después, el «Plymouth» azul se hallaba aparcado en la calle Wheel, ante el 286.

El investigador alcanzó la planta octava y pulsó el timbre del apartamento de Connie Brooks.

La chica del lunar ombligüero no tardó demasiado en abrir.

Vestía mini *shorts* blancos, con motas de colores, y una blusa de tirantes, muy roja. A la blusa, si se le quitaban los tirantes, poco más le quedaba.

Era de un atrevido subido.

El escote casi permitía ver el tentador limar... Jeff carraspeó.

—Hola, Connie.

Ella se había sorprendido bastante al ver al investigador.

—Jeff...

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro —autorizó la impresionante morena, haciéndose a un lado. Jeff Darrow entró en el apartamento.

Era reducido, pero estaba decorado con buen gusto.

—Tienes un apartamento muy bonito, Connie.

Ella seguía mirándole con extrañeza, con las manos atrás y la espalda apoyada contra la puerta.

—¿Sabes una cosa, Jeff?

—A ver.

—Eres la última persona que esperaba encontrar al abrir la puerta.

—¿Por qué? —sonrió él.

—Cuando te dejas ver por el Mercurio, sólo tienes ojos para Janet.

—Eso no es verdad. Te aseguro que os miro a todas, una por una y con mucho detenimiento. ¿Cómo, si no, iba a saber que tienes un precioso lunar junto al ombligo...?

La morena caminó hacia él, sonriendo con atrevimiento.

—Vaya, eso demuestra que sí te has fijado en mí.

—Claro.

—¿Sabes lo que pensé cuando Janet nos presentó?

—¿Qué pensaste, Connie?

—Que Janet era una chica con una suerte tremenda —dijo ella, rodeándole el cuello con sus brazos.

—¿Janet una chica con suerte? —repitió Jeff, ensombreciendo la expresión, porque su pensamiento voló rápidamente hacia el depósito de cadáveres.

—Claro, por haberte conocido antes que yo.

Jeff Darrow iba a decir algo, pero los labios de Connie Brooks cayeron sobre los suyos y se lo impidieron.

Tras el beso, la morena susurró:

—¿Cómo averiguaste mi domicilio, Jeff?

—Lo pregunté en el club.

—¿Te has cansado ya de Janet...? —musitó ella, después de besarle por segunda vez.

—No.

—Bueno, no importa. Estás aquí, conmigo, en mi apartamento. Y eso sólo puede significar una cosa: que yo también te gusto.

—Connie...

La prodigiosa morena le dio un tercer beso y luego ronroneó:

—¿Qué?

—Janet ha muerto.

Connie Brooks perdió el habla, la sonrisa y el color, todo al mismo tiempo.

—¿Qué dices, Jeff...? —murmuró quedamente.

—Que Janet ha muerto, Connie. Fue hallada sin vida esta mañana, en su apartamento. La han asesinado.

La joven soltó el cuello de Jeff, retrocedió unos pasos con gesto de estupefacción y se dejó caer sobre el diván.

—Janet asesinada... —repitió, como si no lo creyera.

Jeff avanzó y se sentó a su lado.

—Por eso estoy aquí, Connie. Soy investigador privado.

—Lo sé. Janet me lo dijo...

—Me he jurado a mí mismo no descansar hasta descubrir al tipo que mató a Janet. Y tú puedes ayudarme, Connie.

—¿Yo...? ¿Cómo, Jeff?

—Verás, si no dispongo de una persona que me contrate para hallar al asesino de Janet, no puedo iniciarla investigación, porque la policía no me lo permite. Y he pensado que tú podrías ser mi cliente, Connie. Por supuesto, no voy a cobrarte nada.

—Haré lo que me digas, Jeff.

—Simplemente eso, Connie: que me contrates.

—Pues ya estás contratado.

—Si la policía viene a comprobarlo, deberás decirles que me has contratado porque eras amiga de Janet, además de compañera de trabajo.

—Descuida, Jeff. Así lo haré.

El investigador le cogió una mano.

—Gracias, Connie.

Ella sonrió tristemente.

—He sentido mucho lo de Janet, Jeff. Y también que ése haya sido el único motivo de tu visita. Fui una tonta al pensar que...

Esta vez, fue Jeff quien la besó.

—Janet era una muchacha estupenda, pero tú también lo eres. La morena le sonrió con agradecimiento.

—¿Volverás por aquí, Jeff?

—Desde luego —contestó él, poniéndose en pie. Ella le imitó.

—Oye, Connie, ¿tenía Janet algún amigo a quien le gustase la música clásica?

—Lo ignoro, Jeff. ¿Por qué lo preguntas?

—Janet tenía en su apartamento un disco que me llamó poderosamente la atención: la *Novena Sinfonía* de Beethoven.

—Sí que es raro, porque a ella, como a mí, sólo le gustaba la música moderna.

—Lo sé —suspiró él—. Bueno, te dejo, Connie. Tengo que empezar a trabajar de firme. La muchacha le acompañó hasta la puerta.

Antes de cerrarla, se puso de puntillas y le besó suavemente en los labios.

—Que tengas suerte, Jeff.

—Gracias, Connie.

Jeff Darrow se encaminó hacia el ascensor.

CAPÍTULO IV

Jeff se dirigía a su oficina, conduciendo tranquilamente.

En el anuncio insertado en el periódico, que ya había aparecido en la edición vespertina del día anterior, se indicaba que las interesadas en conseguir el puesto de secretaria deberían presentarse a las nueve en punto de la mañana.

Y todavía faltaban quince minutos para las nueve. Tenía tiempo de sobra.

Diez minutos después, estacionaba su vehículo, salía de él y caminaba hacia el portal del edificio —no muy nuevo, de sólo cuatro plantas, y con un anticuado ascensor que no funcionaba casi nunca— en el cual se hallaba su oficina.

Cuando se disponía a cruzar el portal, sucedió lo imprevisto.

Se dio un buen encontronazo con la persona que pretendía salir por él, con muchas prisas por cierto.

La joven, una pelirroja de esbelta anatomía y rostro bonito, estuvo muy a punto de caerse al suelo estrepitosamente.

Jeff consiguió evitarlo, sujetándola por los brazos a tiempo, con gran rapidez de reflejos.

—¿Se ha hecho daño, señorita...? —se interesó, con evidente preocupación. Ella le envió una mirada furibunda.

—¿Que si me he hecho daño...? ¡Querrá decir si me lo ha hecho usted, autobús con piernas!

—Le ruego que me disculpe. Yo...

—¡Usted ha tenido la culpa, so tanque!

—Sí, la culpa ha sido mía —aceptó Jeff, aunque pensaba todo lo contrario.

—¡Haga el favor de soltarme!

Jeff Darrow obedeció al instante.

«Diablos, qué geniecito se gasta la pelirroja...», pensó. Ella seguía mirándole con ojos chisporreantes de ira. Jeff reparó en el

bolso que yacía en el suelo.

Se apresuró a recogerlo y se lo tendió a la encolerizada muchacha.

—Es de usted, ¿verdad?

—¡Hombre, no va a ser suyo! —replicó la pelirroja, recuperándolo de un zarpazo. Jeff emitió un carraspeo.

—Créame que siento lo sucedido, señorita...

—¡Oh, sí, claro, usted lo siente! ¿Y qué, ya está bien así?

—Verá...

—Me atiza el trompazo del año, me pide disculpas poniendo cara de niño bueno y todo solucionado, ¿eh? ¡Pues no, señor, no se las acepto!

—Si puedo hacer alguna cosa por usted...

—¡Cuando necesite que alguien me desmonte el esqueleto ya le avisaré, descuide! —replicó ella, enfurecida todavía.

El investigador sonrió levemente.

La pelirroja, al advertirlo, exclamó más rabiosa aún:

—De modo que encima se sonríe, ¿eh, torpedo que anda?

—Bueno, es que tengo la impresión de que usted no está realmente enfadada conmigo...

Ella pegó una patadita furiosa contra el suelo.

—¿Qué debo hacer para convencerle, comérmelo crudo? ¡Pues ojo, que soy capaz de zampármelo con zapatos y todo!

Jeff, sin inmutarse, observó:

—Creo que usted ya estaba enfurecida cuando se disponía a cruzar el portal. Por eso, al tropezar conmigo, dio rienda suelta a su enojo. La verdad es que usted salía casi corriendo, prácticamente se me echó encima... No pude evitar el choque, se lo aseguro.

Ella pareció que iba a replicar de nuevo, pero no lo hizo. Dejó de mirar a Jeff.

Transcurrieron unos segundos en silencio.

—Me llamo Jeff Darrow. ¿Cuál es su nombre, señorita...?

—Karen, Karen Garrison... —respondió la joven, con la cabeza baja.

—¿Sigue estando enfadada conmigo, señorita Garrison? La muchacha alzó los ojos y sonrió débilmente.

—No, creo que no...

—Estaba yo en lo cierto, ¿verdad?

Ella se mordisqueó el labio inferior, visiblemente azorada.

—Sí, lo estaba —confesó—. No fue el encontronazo con usted la causa de mi enfado. El investigador le ofreció la derecha y sonrió afablemente.

—¿Amigos, señorita Garrison...?

—Amigos, señor Darrow —aceptó la muchacha, estrechando la mano de él—. Y por favor, olvide todas esas cosas que le dije antes.

—Autobús con piernas, tanque, torpedo que anda... —recordó Jeff, riendo. Karen Garrison se ruborizó.

—Le he dado motivos sobrados para que piense usted que soy una joven muy mal educada...

—Oh, no diga eso. Fueron unos insultos muy originales y muy simpáticos, de verdad. El bello rostro de la pelirroja denotó nuevamente indignación.

—La culpa de todo la tienen esas dos pájaras que aguardan arriba —murmuró, como si hablara consigo misma.

—¿A qué pájaras se refiere? —inquirió Jeff, muy interesado.

—A dos lagartonas capaces de dejar en mantillas a la mismísima Salomé.

—¿Qué Salomé? —Parpadeó el investigador.

—La Embrujadora, naturalmente. La fresca aquella que, por instigación de su madre, le puso los dientes largos a Herodes Antipas con una danza que se las traía, y luego le pidió, y obtuvo la muy zorra, la cabeza de Juan el Bautista.

—Sí, ya recuerdo —cabeceó Jeff, sintiendo ganas de echarse a reír.

—Las dos tipejas que aguardan arriba también son capaces de obtener, gracias a su físico y a su falta de vergüenza, cualquier cosa que se propongan. Por eso ni siquiera me acerqué a ellas y me bajé tan irritada.

—¿Qué tienen que ver ese par de frescas con usted, señorita Garrison? La muchacha dio un hondo suspiro.

—Estoy sin trabajo, señor Darrow. Y ya puede imaginarse lo que eso supone para una joven que, como yo, vive sola.

—Sí, me hago cargo.

—Ayer por la tarde, revisando un periódico local, descubrí un anuncio en el cual solicitaban una joven para ocupar una plaza de secretaria. Había que presentarse aquí, en esta dirección, a las

nueve de la mañana, pero cuando yo llegué, ya estaban aguardando el par de pájaras. El puesto de secretaria será para una de las dos, sin lugar a dudas.

—¿Por qué está tan segura? Lo normal, en estos casos, es que se valoren las condiciones de las aspirantes, y, luego, se conceda el empleo a la que reúna mayores aptitudes...

Karen Garrison sonrió sardónicamente.

—En el noventa y cinco por ciento de los casos, señor Darrow, la plaza se la lleva la que reúne mayores atractivos físicos, entre otras cosas que no considero necesario puntualizar. Lo sé por experiencia. Esas dos tigresas no me dejarían opción. Parecen dispuestas a todo con tal de conseguir el empleo. Y yo, en ese terreno, no compito con ellas ni con nadie. Una podrá andar escasa de fondos, de acuerdo, pero es tan decente como la que más. Precisamente por eso me vi obligada a dejar mis tres últimos empleos: por ser decente.

Hubo una leve pausa.

—¿Quiere que le dé un consejo, señorita Garrison?

—Bueno.

—No renuncie a esa plaza de secretaria.

—Dadas las circunstancias, no tengo más remedio que renunciar. Nunca sería para mí, señor Darrow.

—Puede usted estar equivocada. Tal vez el hombre que precisa esa secretaria sólo desee una muchacha eficiente, responsable y trabajadora. Si es así, no se dejará embaucar por ese par de Cleopatras. El empleo sería para usted, estoy convencido.

Ella le miró con agradecimiento.

—Las posibilidades son tan remotas...

—Según usted, un cinco por ciento. Confíe, pues, en ese cinco por ciento.

—De acuerdo, seguiré su consejo: subiré.

—No, ahora no —dijo en seguida Jeff, sujetándola por un brazo, porque Karen Garrison se iba hacia las escaleras.

—¿Por qué ahora no? —se extrañó la joven.

—Todavía se halla usted un poco excitada.

—No, le aseguro que ya estoy tranquila...

—Hágame caso, señorita Garrison. Vaya al bar de la esquina, tómese un café y deje transcurrir quince o veinte minutos. Después, regrese. Para entonces, lo más probable es que las pájaras hayan

volado ya. Así se ahorrará usted el tener que volver a encontrarse con ellas.

La muchacha sonrió.

—Está bien, así lo haré. ¿Le importaría acompañarme a tomar ese café? Jeff tosió ligeramente.

—Me gustaría, pero no dispongo de tiempo. Tengo que resolver un asunto rápidamente.

La joven no pudo evitar un gesto de desilusión. Mostrando una sonrisa forzada, dijo:

—Gracias por todo, señor Darrow. Si no volvemos a vernos...

—Volveremos a vernos, señorita Garrison.

—Las Vegas es muy grande...

—Le apuesto lo que quiera a que nos encontramos nuevamente antes de que finalice el día —repuso Jeff, con bastante ironía.

—Si es así, ya le contaré cómo me ha ido con lo del empleo.

—Celebraremos el logro del mismo, ya lo verá.

—Me gustaría ser tan optimista como usted.

—El optimismo es gratis. Coja todo el que le haga falta y verá como las cosas le salen mejor.

—Adiós, señor Darrow.

—Adiós, señorita Garrison.

La muchacha cruzó el portal y se perdió de vista. Jeff, rápidamente, subió a la tercera planta.

Allí, en el fondo del corredor, ante la puerta de su oficina, se encontraban las otras dos aspirantes a la plaza de secretaria.

«Qué par de leonas», pensó Jeff, caminando hacia ellas.

—Buenos días, señoritas —saludó, sonriendo amablemente—. Soy Jeff Darrow, el hombre que puso el anuncio en el periódico. Están ustedes aquí por eso, ¿verdad?

—Naturalmente —respondió la de la izquierda, ahuecándose el cabello, sin olvidarse de exhibir su mejor sonrisa. Era una rubia escalofriante. Tras su coqueto gesto, se presentó—: Mi nombre es Ginger Wallace, señor Darrow.

—Yo soy Marianne Ramsey —se presentó la otra, una morena extraordinaria, sonriendo de forma cautivadora.

Jeff sacó las llaves, abrió la oficina y rogó:

—Tengan la bondad de pasar.

Las dos féminas entraron en la oficina.

—Yo llegué antes —dijo la rubia.

—Entonces, hablaré primero con usted, señorita Wallace —repuso Jeff, abriendo la puerta de su despacho—. Pase, por favor.

La exuberante rubia obedeció, dando unos caderazos increíbles, mientras la morena torcía el gesto, porque le contrariaba dejar la iniciativa en manos de su rival.

Después de cerrar la puerta, Jeff indicó:

—Siéntese, señorita Wallace.

—Gracias —dijo Ginger Wallace, ocupando la silla que había ante la mesa del investigador.

Sin darle importancia a la cosa, cruzó los remos inferiores. Como llevaba minifalda, dejó al aire sus maxipiernas.

Jeff, sentado ya en su sillón, emitió una tosecita.

—¿Le parece bien que empecemos, señorita Wallace?

—Estoy a su entera disposición, señor Darrow —contestó ella, sonriendo con picardía.

—¿Cuántas pulsaciones tiene?

—Trescientas ochenta por minuto.

Jeff agrandó los ojos, lleno de estupor.

—¿Ha dicho trescientas ochenta...?

—Sí, eso he dicho. Y espero alcanzar pronto las cuatrocientas.

—El día menos pensado le da a usted un patatús, señorita Wallace.

—¿Por qué? —inquirió la insinuante Ginger.

—No hay víscera cardíaca que pueda resistir ese endiablado ritmo de latidos... Ella abrió la boca y pestañeó, desconcertada.

—Cómo, ¿se refería usted a las pulsaciones del corazón...?

—Naturalmente.

La rubia rompió a reír, divertida por el equívoco.

—Yo pensé que deseaba usted saber cómo se me daba con la máquina de escribir.

—No, eso no me importa demasiado, señorita Wallace. Lo que realmente me interesa es su estado físico. No quiero una secretaria que a cada dos por tres se me ponga pachucha.

—Mi estado físico es inmejorable, señor Darrow. El corazón me funciona como un reloj —dijo, apuntándoselo con un dedo—, tengo los pulmones sanos como una manzana sana —añadió, tragando mucho aire, con lo cual su busto alcanzó límites insospechados—, y

en cuanto al hígado, ni me acuerdo de dónde lo tengo, porque jamás me ha dolido.

—¿Cuáles son sus conocimientos sobre defensa personal?

—¿Defensa personal...? —repitió la rubia, parpadeando mucho.

—¿Qué haría usted si un hombre tratara de abrazarla por sorpresa?

—Si fuese feo, le atizaría una bofetada que lo dejaría tonto. En cambio, si fuera apuesto, procuraría no tomárselo en cuenta...

Jeff tuvo que carraspear, porque la insinuación era clara.

—Lo de la bofetada, como lo del puntapié a la espinilla, ya está algo anticuado, señorita Wallace. Ahora lo que se lleva es el judo, el karate, el kung-fu...

—Pues yo de eso, ni jota.

—Sí que es un inconveniente...

—¿Por qué?

—Verá, señorita Wallace, como habrá observado por el rótulo que tengo colocado en la puerta de mi oficina, soy investigador privado, y, debido a mi profesión, tengo más enemigos de los que quisiera. A veces, alguno de ellos suele presentarse en mi oficina, con ganas de gresca. Y si no estoy yo para pararle los pies, la toma con mi secretaria. Y claro, si la chica sólo sabe defenderse a bofetadas y a puntapiés, pasa un mal rato ante el bestia de turno...

Ginger Wallace se había quedado de muestra.

—¿De veras sucede eso, señor Darrow...? —balbució, muy pálida.

—Desgraciadamente. Ella se puso en pie.

—Lo siento mucho, señor Darrow, pero creo que este empleo no es para mí —dijo, sonriendo nerviosamente.

—No se preocupe, señorita Wallace. Tal vez la otra aspirante...

—Sí, eso, la otra. Adiós, señor Darrow.

Ginger Wallace salió rápidamente del despacho. Casi al momento, entraba Marianne Ramsey.

A una indicación de Jeff, ocupó la silla que había quedado libre.

Su vestido era excesivamente corto y el escote tenía forma de balcón, con una vista excelente. También cruzó las piernas.

Jeff, tras darle una ojeada a todo, tosió levemente.

—¿Empezamos, señorita Ramsey?

—Cuando usted quiera, señor Darrow.

—¿Su salud es buena?

—De hierro. Me hice el último chequeo hace un par de semanas y todo me funciona como debe funcionar.

—Estupendo. Veamos, ¿tiene usted conocimientos de judo?

—Soy cinturón negro.

—Magnífico. ¿También conoce los secretos del karate?

—Voy por el cuarto ladrillo.

—¿Cómo? —Pestañeó Jeff.

—Que tres ladrillos los parto ya de un solo golpe, como si fueran rosquillas del día, pero cuando pongo cuatro, encuentro ciertas dificultades. No obstante, espero superarlos pronto.

—Excelente, señorita Ramsey —ponderó el investigador, disimulando su perplejidad.

—También domino aceptablemente la ciencia del kung-fu.

¿Quiere que le haga una demostración? —sugirió la morena, levantándose.

Jeff dio un respingo.

—Oh, no es necesario, señorita Ramsey. Vuelva, vuelva a sentarse.

—No tema, no le causaré ningún daño. Tan sólo se trata de una simple demostración. Vamos, póngase en pie e intente abrazarme.

Jeff no tuvo más remedio que levantarse.

Se acercó a la apetitosa morena y la abrazó.

—¿No iba a hacerme una llave? —se extrañó.

—Cuando intente besarme...

Jeff le aproximó los labios y la besó.

Durante casi un minuto estuvo esperando que sucediera algo, pero nada sucedió. Cuando dejó de besar a Marianne Ramsey, inquirió:

—¿Qué hay de la llave, señorita Ramsey?

—Caray, señor Darrow... —murmuró ella, con los ojos cerrados y la expresión dulce—. Usted besa de una forma que hace que una se olvide de las llaves, del llavero y hasta del clavo para colgarlas...

Jeff carraspeó nerviosamente, dejó de abrazarla y regresó a su sillón, diciendo:

—Será mejor que nos olvidemos de las demostraciones, señorita

Ramsey. Veamos, ¿es usted rápida con la máquina de escribir?

—Tecleo que no se me ven los dedos —respondió la morena, sentándose nuevamente.

—¿Taquigrafía?

—Soy capaz de copiarme un periódico entero en cinco minutos escasos.

—¿Dispuesta a hacer horas extraordinarias?

—Todas las que hagan falta. Aquí, en su casa, o donde usted quiera. Mi lema es éste:

«Todo por el jefe, para el jefe y con el jefe».

—Un lema muy interesante, señorita Ramsey... —repuso Jeff, masajeándose el mentón—. Bien, pasemos a los idiomas.

—Pasemos.

—¿Habla usted francés?

—*Oui, monsieur.*

—¿Alemán?

—Tan bien como Franz Beckenbauer, el futbolista ese que está tan de moda.

—¿Italiano?

—Mejor que Vittorio Gassman.

—¿Español?

—Como los de Salamanca.

Jeff Darrow, que ya no sabía por dónde entrarle a aquel pozo de conocimientos que respondía al nombre de Marianne Ramsey, casi gritó:

—¿Chino?

La morena respingó con fuerza.

—¿Chino...? —repitió quedamente.

—Sí, señorita Ramsey, chino. *Chuang, ching, patachong*, y todo eso que suena a golpes de platillos.

—¿Es necesario saber chino para...?

—Imprescindible, señorita Ramsey. El veinte por ciento de mis clientes están más amarillos que un limón maduro. Y no porque padezcan del hígado, precisamente...

—Pues yo de chino, ni pum.

—Qué pena. El puesto ya era prácticamente suyo... Marianne Ramsey suspiró descorazonada y se levantó. Jeff también se puso en pie.

—¿Sabe una cosa, señor Darrow? A mí los chinos me resultaban simpáticos, por aquello de que siempre están sonriendo, pero desde hoy, no voy a poder tragar a ninguno. Buenos días.

—Adiós, señorita Ramsey.

La desilusionada morena, sin poder ocultar su enojo, giró sobre sus talones y salió del despacho del investigador.

Segundos después, se oía un portazo.

Jeff Darrow se dejó caer en su sillón y sonrió triunfalmente. Bien, ya se había librado de las dos Cleopatras.

Ahora, a esperar la llegada de Karen Garrison. Sí, le había gustado la atractiva pelirroja...

Y su genio.

Siempre le habían gustado las mujeres que no dudaban en sacar las uñas cuando la ocasión lo requería.

Oyó abrirse la puerta de su oficina. Percibió pasos.

En principio creyó que se trataba de la hermosa pelirroja, pero aquellas pisadas tan fuertes...

Frunció el entrecejo cuando vio aparecer al sargento Max Butler, acompañado del agente Billy O'Connor.

—Tienes que venir con nosotros, Darrow —dijo Butler, con su tono áspero de siempre.

—¿Adónde? —inquirió Jeff, sin moverse.

—Al Departamento.

—¿Por qué?

—El teniente Parks quiere verte.

—¿Para qué?

—Ya te lo dirá él.

—En este momento no puedo dejar mi oficina, sargento. Estoy esperando a una persona.

—Vendrás inmediatamente —gruñó Butler, enseñándole los dientes.

—¿Por qué tanta prisa, sargento? ¿Qué sucede? Max Butler reveló:

—Marjorie Holden ha sido asesinada.

CAPÍTULO V

Un mazazo en la frente no hubiera producido mayor efecto en Jeff Darrow.

—¿Marjorie, asesinada...? —murmuró anonadado.

—Sí, Darrow —respondió Max Butler.

—¿Cómo ocurrió?

—No estoy autorizado a entrar en detalles. Jeff se puso en pie lentamente y accedió:

—Iré con ustedes, sargento.

Los tres hombres salieron de la oficina. Al llegar abajo, Jeff rogó:

—Permítame acercarme al bar de la esquina, sargento.

—¿Para qué?

—Verá, cuando les dije que estaba esperando a una persona, no les mentí. En ese bar se encuentra una muchacha que de un momento a otro acudirá a mi oficina.

—¿Te refieres a la morena o a la pelirroja, Darrow? —intervino Billy O'Connor.

—A la pelirroja —contestó Jeff. De pronto, dio un respingo e interrogó—: Oye, ¿cómo sabes tú...?

—Cuando el sargento y yo cruzábamos el portal, la pelirroja salía disparada como un proyectil dirigido, y por su colérica expresión, es de suponer que no volverás a verle el pelo en una buena temporada. En cuanto a la morena, nos tropezamos con ella arriba, en el corredor de la tercera planta. Iba gruñendo y maldiciendo contra todos los chinos del mundo.

El investigador se había quedado de una pieza.

—En marcha, Darrow —indicó el sargento Butler. Entraron en un coche.

Minutos más tarde, Jeff Darrow y Max Butler hacían acto de presencia en el despacho de Gary Parks.

—Aquí lo tiene, teniente.

—Gracias, Butler.

El sargento hizo ademán de retirarse, pero el teniente ordenó:

—Quédese, Butler. Quiero que esté presente. Tú, Darrow, siéntate. Jeff ocupó una silla.

Gary Parks le miró.

—¿Sabes ya lo de tu secretaria?

—Sé que Marjorie ha sido asesinada, pero nada más. El sargento se ha negado a informarme.

—El sargento Butler se limitó a cumplir mis órdenes.

—Muy bien, teniente. Pero yo quiero saber cómo pasó. Marjorie no sólo era mi secretaria, sino también una buena amiga. Tengo derecho a conocer lo ocurrido.

—Lo sabrás, no te preocupes. De momento, quiero que me expliques qué significa esto —dijo Gary Parks, mostrándole un recorte de prensa.

Jeff lo ojeó brevemente y repuso:

—Es un anuncio. Piden una secretaria.

—¿Has leído la dirección en la cual han de presentarse las interesadas al puesto?

—Sí, es la mía.

—¿Y bien?

—Yo puse este anuncio, teniente.

—¿Por qué? Tú tenías secretaria, tenías a Marjorie Holden...

—Marjorie dejó el empleo ayer, por la mañana.

—¿Causas?

Jeff esperó unos segundos y luego respondió:

—Iba a casarse por la tarde...

Gary Parks y Max Butler cobraron gestos de sorpresa.

—¿Casarse...? —repitió el primero.

—Eso dijo ella, teniente.

—¿Sabes con quién?

—Con un tipo llamado Rudy Stevens.

—¿Lo conoces?

—No, Marjorie no me habló de él hasta ayer mismo. Me dijo que era pintor... Alto, fuerte, moreno, con una barbita que a ella le resultaba muy interesante. Se conocieron hace una semana. El pintor le propuso posar para él y Marjorie aceptó. Hace dos noches,

le pidió que se casara con él y ella también aceptó. Nada más puedo añadir, teniente.

—Sargento Butler, hay que localizar cuanto antes a ese pintor.

—Sí, teniente. Jeff inquirió:

—¿Cree usted, teniente, que el pintor...?

—Puede que sí y puede que no, Darrow —contestó Parks—. Pero de una cosa no hay duda: el individuo que asesinó a Marjorie Holden, asesinó también a Janet Stockwell.

Jeff se quedó petrificado.

El teniente Parks prosiguió:

—Todo coincide, Darrow. Tu secretaria fue hallada sin vida en su apartamento, tirada boca abajo en el suelo del *living*, sobre un mar de sangre. Fue acuchillada brutalmente, como Janet Stockwell. Tenía rozaduras en las muñecas y en los tobillos, residuos de cinta adhesiva en los labios y sus alrededores, la misma expresión de horror que Janet Stockwell... Y al igual que ésta, no ofrecía señales de golpes. Fue encontrada en camisón, descalza, con el pelo desordenado. Su cama estaba deshecha, lo que demuestra que ya se había acostado cuando el asesino hizo su aparición.

Jeff continuó mudo.

Gary Parks añadió:

—Según informa el forense, Marjorie Holden fue asesinada alrededor de las tres de la madrugada. Y al igual que sucediera con Janet Stockwell, fue el encargado del edificio quien primero descubrió el cadáver. La puerta del apartamento de Marjorie permanecía entreabierta, las luces del *living*, encendidas... Por lo visto, el homicida quiere que no se tarde demasiado en encontrar a sus víctimas.

Jeff salió de su mutismo:

—Evidentemente, el asesino parece muy seguro de no ser descubierto...

—Así es.

—Teniente, quiero darle un vistazo al apartamento de Marjorie.

—Petición denegada.

—No puede impedírmelo, teniente...

—Ya lo creo que puedo. Tú estás al margen del caso, nadie te ha contratado para investigar el asesinato de Marjorie Holden.

—Pero sí para investigar el de Janet Stockwell. Y puesto que el

asesino de ambas es el mismo individuo...

Gary Parks le miró ceñudamente.

—Eres un embustero, Darrow.

—Estoy diciéndole la verdad, teniente: tengo un cliente.

—Dame su nombre.

—No puedo, teniente.

—Claro que no puedes. ¡Como que no existe!

—Existe, teniente, existe. Pero ya sabe usted que para un investigador privado, el nombre de sus clientes es algo muy confidencial...

—Si quieres poner los pies en el apartamento de Marjorie, tendrás que facilitarme la identidad de tu cliente, Darrow.

Jeff se atusó una patilla, con gesto pensativo.

—Está bien, teniente, usted gana. Mi cliente se llama Connie Brooks y trabaja en el club Mercurio. Era amiga de Janet.

—¿Sargento?

—Es cierto que en el club Mercurio trabaja una muchacha llamada Connie Brooks —confirmó Max Butler—. Si quiere, puedo interrogarla.

—Ahórrese la molestia —indicó el teniente—. Jeff Darrow no la hubiera nombrado de no ser cierto que ella contrató sus servicios.

—Gracias por la confianza, teniente —intervino Jeff—. ¿Puedo, entonces, revisar el apartamento de Marjorie?

—El sargento Butler te acompañará —gruñó Gary Parks.

—Gracias de nuevo, teniente —dijo Jeff, levantándose—. Sargento Butler, cuando guste...

Max Butler apretó las mandíbulas.

—Vamos, Darrow —masculló, poniéndose en movimiento. Jeff se despidió con un gesto del teniente Parks y fue tras él.

Un rato después, entraban en el apartamento de Marjorie Holden. El pelirrojo Billy

O'Connor

iba con ellos.

Jeff Darrow no se sorprendió demasiado cuando encontró el disco de la *Novena Sinfonía* de Beethoven sobre el tocadiscos de Marjorie.

Desde que el teniente Parks le revelara que Marjorie Holden había sido asesinada de igual modo que Janet Stockwell, tenía el

convencimiento de que en el apartamento de la que había sido su secretaria iba a encontrar alguna de las grandes obras del insigne compositor alemán.

Cogió la funda del disco y la revisó.

Como ya esperaba, tampoco conservaba la etiqueta adhesiva del establecimiento vendedor.

Jeff la dejó en su sitio.

Max Butler y Billy

O'Connor

le estaban mirando con atención.

—Eh, Darrow —dijo el sargento—, en el apartamento de Janet Stockwell hiciste lo mismo que has hecho en éste: revisar con gran interés la funda del disco de la *Novena Sinfonía* de Beethoven. Y quiero saber por qué.

—Simple curiosidad, sargento —repuso Jeff.

—¡Y un cuerno! En tu cerebro bulle algo que no quieres hacernos saber. ¡Te agradecería una explicación, demonios!

El investigador empezó a rascarse la nuca.

—¿Usted entiende de música, sargento?

—Más que de boxeo. Y para lo que entiendo de boxeo, no hay más que mirarme la cara.

—¿Qué opina de Luis van Beethoven?

—Todo el mundo sabe que era un gran músico, el mejor de todos.

—¿Y de su *Novena Sinfonía*?

—Que es sencillamente fabulosa. Supera a las otras ocho, que ya es decir...

—¿Qué opinión le merece la Orquesta Filarmónica de Berlín?

—Inmejorable, claro.

—¿Y qué me dice de Herbert von Karajan?

—Un director como la copa de un pino.

—O sea, que la *Novena Sinfonía* de Beethoven, interpretada por la Orquesta Filarmónica de Berlín, bajo la batuta de Herbert von Karajan, viene a ser algo así como el no va más de la buena música.

—No hay duda. Pero oye, ¿a qué viene todo esto? Si me estás tomando el pelo te voy a...

—Tranquilo, sargento. Veamos, ¿a usted le gusta la música moderna, los ritmos *pop*?

—¡Eso no es música! —bramó Max Butler, con fiera expresión.

—Ya veo que no le gusta... —sonrió Jeff.

—¡La detesto! Si me obligasen a permanecer una hora en cualquier club donde se interpretan esos ritmos locos, me sacarían cadáver. ¡Son un tormento para los tímpanos!

—Es decir, que en su opinión, los amantes de los ritmos modernos no entienden de música...

—¡No tienen ni idea, vamos! —Relinchó el sargento, que se había tomado muy a pecho su papel de defensor de la música clásica.

—¿Qué haría usted para convencerles de que se han equivocado de música, de que no han elegido la mejor?

—Cogerlos de uno en uno, por las orejas, y obligarles a escuchar de principio a fin la Novena Sinfonía de Beethoven, por la Filarmónica de Berlín y Karajan. ¡A más de uno se le iban a derretir los oídos de placer, me apuesto el cuello!

—El asesino de Janet Stockwell y Marjorie Holden ha ido más lejos, sargento.

—¿Qué?

—En lugar de cogerlas por las orejas, les cubrió la boca para impedir que gritasen, las ató de pies y manos y las obligó a escuchar la *Novena Sinfonía* de Beethoven, desde el principio hasta el final, probablemente con el cuchillo en la mano, para aterrorizarlas aún más. Cuando el disco dejó de sonar, las acuchilló...

Max Butler y Billy

O'Connor

se habían convertido en estatuas.

Miraban boquiabiertos al investigador.

—Sí, sargento —continuó Jeff—, así debió ocurrir. Janet Stockwell y Marjorie Holden fueron asesinadas porque a ninguna de las dos le gustaba Beethoven. Yo, que conocía bien sus gustos musicales, puedo afirmar que odiaban la música clásica. Este disco —lo señaló con un dedo— no pertenecía a Marjorie. Ni el otro a Janet. Ambos son del asesino. El los trajo, los colocó en el tocadiscos y los hizo sonar. Después del crimen, no quiso llevárselos. El homicida es un maníaco, un individuo cuya desmedida pasión por la música clásica en general, y por Luis van Beethoven en particular, le ha llevado a la locura. El crimen salvaje

es su venganza, su horrenda forma de castigar a quien no es capaz de admirar al célebre compositor alemán. Ya ha matado a dos personas inocentes. Y si no damos pronto con él, otras seguirán la triste suerte de Janet y Marjorie. En Las Vegas se cuentan por millares las personas a las que Beethoven y sus colegas les importan un pimiento. El asesino, pues, no tendrá dificultades para escoger una nueva víctima. En cambio, nosotros, vamos a tener muchas para impedir que su cadena de asesinatos tenga un tercer eslabón.

Jeff dio media vuelta y caminó hacia la puerta.

Max Butler dejó de parecer un bloque de granito y gritó:

—¡Eh, Darrow! Jeff se giró.

—¿Sí, sargento?

—¿Adónde vas?

—En busca de Rudy Stevens, el pintor. Y como sea él quien segó de forma tan brutal las jóvenes vidas de Janet Stockwell y Marjorie Holden, va a tener que tragarse sus pinceles uno por uno, masticados o a pedacitos, como más le gusten. Pero que se los traga, eso se lo garantizo.

Jeff abrió la puerta y salió del apartamento de Marjorie Holden con paso raudo.

CAPÍTULO VI

Karen Garrison oyó sonar el timbre de su apartamento.

Se levantó del butacón, dejó sobre una mesa ratona el periódico que tenía en las manos, caminó hacia la puerta y abrió.

—¡Usted...! —exclamó, respingando fuertemente. Jeff Darrow carraspeó.

—Hola, señorita Garrison... ¿Me permite entrar?

La pelirroja, despidiendo fuego por los ojos, gritó:

—¡Fuera de mi vista, farsante!

—¿Cómo? —Parpadeó Jeff.

—¡Largo de aquí he dicho! —chilló la joven, tratando de cerrar la puerta de golpe. El investigador colocó la punta de su zapato y lo impidió.

—Espere un momento, señorita Garrison...

—¡Quite la pezuña ahora mismo!

—Por favor, concédame unos segundos...

—¡Que llamo a la policía...! —amenazó la muchacha—. Aquí debe haber un malentendido...

—¡Aquí lo que hay es un sinvergüenza! ¿Y sabe quién es...? ¡Usted, señor Darrow!

Jeff se llenó de asombro ante aquella acusación.

—¿Yo...? ¿Yo un sinvergüenza...?

—¡Como un transatlántico de grande!

—Pero, señorita Garrison...

—¡Ni señorita Garrison ni berenjenas al horno!

—Oiga, necesito una explicación...

—¡Lo que va a necesitar es un trasplante de pie como no lo retire inmediatamente! —replicó iracunda Karen, empujando con todas sus fuerzas, pero la suela del zapato del investigador era dura y resistió la presión.

—Le ruego que se calme, señorita Garrison.

—¡No me da la gana calmarme!

—He de hablar con usted.

—¡Ni lo sueñe!

—¿Está contrariada conmigo porque le oculté que era yo quien había puesto el anuncio en el periódico?

—¡Hombre, no me negará usted que fue una tomadura de cabello como el Empire de Nueva York de grande!

—Oh, no diga eso, señorita Garrison. Lo hice con la mejor de las intenciones, se lo aseguro.

—¡Ja!

—Es la verdad, se lo juro. Ella le miró fieramente.

—¿Quiere saber una cosa, señor Darrow? Cuando me detuve ante la puerta de su oficina y leí en la placa: «Jeff Darrow. Investigador Privado», estuve tentada de dar media vuelta y salir corriendo.

—¿No es lo que hizo...?

—¡No, no es lo que hice! Decidí que no debía marcharme sin antes decirle en la cara lo que pensaba de usted y de sus «amables» consejos. Entré en su oficina y caminé resueltamente hacia la puerta de su despacho. Cuando me disponía a abrir, escuché una voz femenina, más pegajosa que un panal de miel, que decía no sé qué de un beso, de una llave, de un llavero y de un clavo.

Jeff emitió una tos nerviosa.

—Verá, señorita Garrison...

—¡No me diga que estaba besando al sereno!

—Mire, usted no se equivocó cuando dijo que habían acudido dos pájaras en busca de la plaza de secretaria. Y tampoco al sospechar que estaban dispuestas a todo con tal de conseguirla. Pero sépalo de una vez: ninguna de las dos logró embaucarme con su cuerpo tentador ni sus maneras insinuantes.

—¡Usted se estaba besando con una de las pájaras!

—Fue con la morena.

—Vaya, menos mal que lo confiesa.

—De la rubia pude deshacerme con facilidad, pero con la otra, tuve problemas. No obstante, sólo nos dimos un beso.

—Que debió ser enorme, a juzgar por la cantidad de idioteces que estaba diciendo la morenaza.

—La cosa no pasó de ahí, le doy mi palabra.

—Oiga, a mí no me importa saber hasta dónde llegaron usted y la del llavero. No tiene por qué darme explicaciones. Buenos días.

—Se las doy porque quiero dejar las cosas claras desde el primer momento.

—¿De qué habla?

—He venido a ofrecerle el puesto de secretaria.

—Ya no me interesa el empleo, señor Darrow —manifestó Karen, elevando orgullosamente la barbilla.

—Recapacite, se lo ruego. Usted se ha formado un concepto equivocado respecto a mí. Si realmente buscara una chica mona para pasarlo bien en mi oficina, le hubiera dado el empleo a una de las pájaras, que prometían mucho en ese aspecto. Sin embargo, no lo hice. Deseo una secretaria eficiente, con sentido de la responsabilidad. Desde un principio, usted me pareció la chica adecuada para el puesto. Me daría una gran alegría si lo aceptara. Estoy enfrascado en un caso de doble asesinato y apenas puedo permanecer unos minutos al día en mi oficina. Necesito urgentemente una persona que me atienda el teléfono, las visitas, los expedientes... Tengo la oficina prácticamente abandonada...

Karen Garrison no despegó los labios.

Daba la impresión de estar reflexionando.

—¿Cuál es su respuesta, señorita Garrison?

—¿Cómo dio conmigo? —preguntó ella a su vez.

—Encontré su dirección en la guía telefónica. La pelirroja le miró fijamente.

—¿De veras me respetará usted, señor Darrow?

—En todo momento.

—Quiero advertirle que, si demuestra usted tener las manos largas, le pondré un ojo negro en menos que canta un gallo.

Jeff sonrió.

—No le daré motivos para ello, señorita Garrison.

—Muy bien. Espere que coja el bolso y voy con usted.

—Magnífico.

Los músicos atacaban con fuerza un ritmo que resultaba ensordecedor, con gran contento por parte del público que llenaba prácticamente el club Mercurio.

Ante los tipos que armaban tamaña algarabía con sus instrumentos, seis chicas de formas explosivas, con sucinta

indumentaria, bañadas por un conjunto de intermitentes luces sicológicas, se contorsionaban al compás alocado de las notas.

Una de ellas era Connie Brooks.

Cuando los músicos dejaron de causar estruendo, el asombroso sexteto de beldades interrumpió aquella especie de danza salvaje.

Con la piel del cuerpo brillante a causa del sudor, y sonriendo de forma atrevida, se perdieron de vista por la puerta que, disimulada por una cortina, se hallaba a la derecha de los músicos.

—Connie...

La morena se volvió en el acto.

—¡Jeff, qué sorpresa! —exclamó alegremente, corriendo hacia él.

—¿Qué tal, preciosa? —sonrió el investigador, cogiéndola por la cintura, mientras ella le besaba en los labios.

—¿Estabas ahí afuera...?

—Sí.

—Pues no te he visto.

—Llevo tan sólo unos quince minutos en el club.

—¿Has averiguado algo sobre el asesino de Janet?

—Poca cosa.

—¿Has venido en tu coche?

—Sí.

—¿Me llevas a casa?

—Con mucho gusto.

—Espera unos segundos, Jeff. Me cambio de ropa en un periquete.

Connie Brooks corrió hacia la puerta del camerino que compartía con las demás bailarinas del club.

Poco después, salía de nuevo.

—Podemos irnos, Jeff.

Jeff Darrow y Connie Brooks dejaron el club por la puerta de atrás y entraron en el «Plymouth» azul.

El investigador lo puso en marcha. La morena comunicó:

—La policía estuvo en el club, Jeff.

—Es lógico.

—Nos interrogaron a todos. Preguntas de rutina, simplemente.

—¿Cuándo fue eso?

—Anoche.

—Esta mañana tuve que decirles que tú me habías contratado para buscar al asesino de Janet, pero no creo que te molesten por ello.

—Aunque lo hagan, no me importará, Jeff —repuso ella, pasándole un brazo por el cuello.

—¿Te dice algo el nombre de Rudy Stevens?

—No... ¿Quién es?

—Un pintor al que nadie en Las Vegas parece conocer. Me he pasado el día entero tratando de dar con él, pero no hubo manera.

—¿Por qué lo buscas?

—Iba a casarse con mi secretaria.

—¿Por qué dices «iba»...? ¿Ya no piensa hacerlo...? Jeff Darrow tuvo un destello en los ojos.

—Mi secretaria fue asesinada anoche, en su apartamento, por el mismo individuo que mató a Janet.

Connie Brooks se quedó estupefacta. El investigador añadió:

—Por eso me interesa tanto encontrar a ese Rudy Stevens. Cabe la posibilidad de que él sea el asesino. El hecho de que no aparezca por ningún lado, así parece confirmarlo.

—¿Has dicho que es pintor?

—Sí, eso tengo entendido.

—Yo conozco a un pintor, Jeff. Tal vez él sepa quién es Rudy Stevens...

—¿Cómo se llama ese pintor?

—Robert Egan.

—¿Sabes dónde vive?

—En el 182 de la Avenida Belmont.

—¿Hace mucho que lo conoces?

—Unos tres meses. Entró en el club y se fijó mucho en mí y en mis compañeras, mientras bailábamos. Volvió al día siguiente y me invitó a tomar una copa, después de mi actuación. Me confesó que era pintor. Andaba buscando una nueva modelo para su próximo cuadro.

—¿Te propuso posar para él?

—Sí.

—¿Qué le respondiste?

—Al principio me negué, porque posar desnuda no me hacía ninguna gracia. Sin embargo, me ofreció tanto dinero por tan sólo

una hora diaria, que acabó convenciéndome. Posé para él durante unas tres semanas, me pagó hasta el último centavo prometido y quedamos tan amigos. El no me propuso posar para un nuevo cuadro ni yo se lo sugerí. Desde entonces, nos hemos visto alguna vez en el club, pero nunca fuera de él.

—¿Cuántos años tiene ese pintor?

—Los mismos que tú, poco más o menos. Y también una talla similar a la tuya. Es de fuerte complexión.

—¿Apuesto?

—Sí, aunque no tanto como cierto investigador que yo me sé —respondió la bailarina, acercándose más a él.

—¿Rubio, moreno o pelirrojo?

—Moreno —contestó ella, dándole un bocado en el lóbulo.

—¿Lleva barbita?

—Sí, lleva barbita —murmuró Connie Brooks, mientras se disponía a darle otro mordisquito a la oreja del investigador. De pronto dio un respingo e inquirió—: ¿Cómo lo has adivinado...?

—Rudy Stevens es moreno y lleva barbita. Y también es alto y de fuerte complexión. Qué curioso, ¿verdad?

La morena abrió mucho la boca.

—Jeff, no estarás pensando...

—¿Sabes si Janet posó alguna vez para Robert Egan? Ella se mordió los labios y desvió la mirada.

—Cuando ya estaba posando para él, supe por la propia Janet que a ella se lo había propuesto la noche antes que a mí, pero Janet no aceptó. Le importaba muy poco el dinero...

—¿Y las demás chicas del club?

—Si alguna de ellas ha posado para Robert Egan, no me lo ha dicho. Yo creo que no, que sólo nos lo propuso a Janet y a mí.

—¿Puedo hacerte una pregunta muy personal, Connie? Ella volvió a mirarle y sonrió.

—Házmela, no te preocupes.

—¿Ese pintor y tú...?

—Ni siquiera me rozó, Jeff. ¿Y sabes una cosa? Eso a mí me sorprendió bastante, porque tenía el convencimiento de que todos los pintores que pintan a sus modelos en traje de ducharse eran unos pillines de campeonato.

Jeff Darrow sonrió, reduciendo la velocidad del vehículo.

Segundos después, lo detenía.

—Ya hemos llegado, Connie.

—¿Te gusta el vodka, Jeff...? —preguntó ella, sonriendo pícaramente.

—Sí, me gusta.

—Arriba tengo una botella que por lo menos es de la época de Miguel Strogoff.

¿Quieres probarlo?

—Es muy tarde, Connie.

La atrevida morena le besó y luego susurró:

—Sube conmigo, Jeff...

—Otro día, Connie. Hoy he tenido una jornada dura y estoy deseando llegar cuanto antes a mi apartamento y tumbarme en mi cama. Pero te prometo que mañana paladaremos juntos ese vodka tan sensacional, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Jeff —tuvo que aceptar ella. Volvió a besarle y salió del coche.

Cuando el automóvil del investigador se alejó, subió a su apartamento, entró en él, encendió las luces del *living* y se adentró en el cuarto de baño.

Con movimientos cansinos se desvistió, se situó debajo de la ducha y dejó que el agua tibia resbalara por su cuerpo.

Después de la reconfortante ducha, se secó con una toalla, se cubrió con su bata y salió del cuarto de baño.

Penetró en su dormitorio y encendió la lámpara de la mesilla de noche. Regresó al *living* para apagar las luces.

Antes de accionar el interruptor, descubrió algo: había un disco sobre el plato giratorio de su tocadiscos.

Se acercó extrañada, porque no recordaba haber dejado ningún disco sin guardar. Es más, estaba segura de no haberlo hecho.

Su extrañeza aumentó cuando ojeó la funda del disco: correspondía a la *Novena Sinfonía* de Beethoven, interpretada por la Orquesta Filarmónica de Berlín, dirigida por Herbert von Karajan.

—¿Qué diablos hace esto aquí? —se preguntó en voz alta, al mismo tiempo que una sombra se destacaba a sus espaldas, sigilosamente, con movimientos de puma.

Cuando Connie Brooks reparó en ella, ya era demasiado tarde.

Una mano de hierro le cubrió la boca, impidiéndole gritar.

Casi al instante, sintió una fuerte presión en el lado derecho del cuello.

Se le nubló la vista, le flaquearon las piernas, empezó a perder la noción de la realidad...

Finalmente, su cerebro se hundió en un mar de tinieblas.

CAPÍTULO VII

El individuo que había sorprendido por la espalda a Connie Brooks era alto, de enérgica constitución. Vestía pantalones oscuros y suéter negro de punto, de cuello cerrado.

Una máscara de goma le ocultaba el rostro.

Llevaba las manos cubiertas con finos guantes de piel e iba sin zapatos, tan sólo con calcetines.

Cuando el sujeto advirtió que la muchacha había perdido el conocimiento, la tomó en brazos y la dejó sobre el diván.

Se aproximó al tocadiscos, cogió el disco de la *Novena Sinfonía* de Beethoven y su funda, regresó junto al diván e hizo que las huellas digitales quedaran señaladas tanto en el disco como en su funda. Luego, los dejó en el mismo sitio de antes.

De detrás de un butacón sacó una bolsa de cuero, de la cual extrajo un rollo de cinta adhesiva, dos cuerdas de plástico y unas pequeñas tijeras.

Cortó un buen trozo de cinta y lo aplicó sobre la boca de Connie.

A continuación, le ató fuertemente los tobillos con una de las cuerdas. Después, con la otra, las manos a la espalda.

Volvió a tomarla en brazos y la depositó en el suelo del *living*, boca arriba, a poca distancia del mueble que sostenía el tocadiscos.

Luego entró en la cocina, regresando casi en seguida con un cuchillo, el cual dejó en el suelo, junto a la joven.

Guardó el rollo de cinta adhesiva y las tijeras en la bolsa de cuero y sacó un tubito de unos cinco centímetros de largo por uno de diámetro. Lo aproximó a los orificios nasales de Connie Brooks.

La muchacha empezó a recobrarse.

El sujeto guardó nuevamente el tubito en la bolsa.

Connie, al descubrir al hombre que la miraba a través de aquella horrorosa careta de goma, se sintió aterrorizada.

Cuando se dio cuenta de que se hallaba tendida en el suelo,

atada de pies y manos, y que no podía despegar los labios ni un milímetro, creyó morir de espanto.

Intentó incorporarse, pero el individuo le colocó un pie sobre el pecho, inmovilizándola al instante.

—Quieta, Connie, quieta... —ordenó, en tono muy bajo.

La muchacha quiso gritar, pero apenas pudo emitir un débil gemido, casi inaudible.

—Será mejor que no intentes nada, Connie, porque nada puedes conseguir. Estás a mi merced, indefensa como un pajarillo recién nacido... ¿Y sabes qué voy a hacer contigo? Matarte, Connie...

La joven tenía los ojos dilatados.

Gruesas gotas de sudor empezaron a bañar su frente.

El individuo puso en marcha el tocadiscos, con poco volumen. Atrapó el cuchillo.

La hoja de acero destelló por varios puntos.

Connie intentó de nuevo levantarse, pero apenas logró moverse.

—No te esfuerces, Connie. Será inútil... La muchacha no hizo caso.

Continuó retorciéndose, aunque sin resultado positivo.

Los primeros compases de la *Novena Sinfonía* de Beethoven estaban sonando ya a media voz.

—¿Estás oyendo, Connie? Es realmente maravilloso... Sí, ya sé que a ti no te gusta Beethoven. Es increíble que haya gentes que no sepan apreciar la inmensa grandeza de su música. Luis van Beethoven era un auténtico genio, Connie... No ha habido, ni lo hay, ni lo habrá jamás, otro músico que pueda comparársele. Quien no es capaz de vibrar de emoción al escuchar sus composiciones, no merece vivir...

El más completo pavor se reflejaba en los ojos de la muchacha.

Trató una vez más, desesperadamente, de librarse del pie que presionaba contra su pecho.

Fue en vano...

El sujeto de la máscara, Con su macabra voz, continuó:

—Tú solo eres capaz de vibrar al son de esos ritmos locos y estúpidos que continuamente suenan en el club Mercurio, llenos de notas estridentes, carentes de toda coherencia... Vas a pagar tu error con la vida, Connie... Escucha, escucha atentamente la *Novena Sinfonía* de Beethoven, porque cuando deje de sonar, tu

corazón dejará de latir...

Connie desorbitó los ojos, horrorizada hasta el límite.

Tenía el rostro y el cuerpo empapados de sudor, a causa de sus continuos y desesperados forcejeos y del indescriptible terror que se había apoderado de ella.

Sabía que iban a matarla... ¡y nada podía hacer para evitarlo!

Las notas seguían llegándole hasta los oídos, martirizándola, porque se preguntaba cuánto faltaría para que dejarasen de sonar, cuántos minutos le restarían de vida...

¡Oh, Dios, qué tormento tan atroz y tan despiadado!

—Ya falta poco, Connie, muy poco... Se aproxima el final de la sinfonía, un final realmente apoteósico... Y con él, también tu final...

La muchacha ya no podía más, tenía los nervios destrozados, iba a volverse loca de un momento a otro...

Sacudió la cabeza hacia los lados, con los ojos cerrados apretadamente. Una risa escalofriante resonó hueca en el *living*.

Connie, al notar que el pie del hombre había dejado de presionar sobre su pecho, tuvo la corazonada de que había llegado el terrible momento y despegó los párpados bruscamente.

El tipo de la máscara de goma, arrodillado ahora junto a ella, mantenía en alto el brazo armado.

Connie quiso chillar histéricamente.

El brazo que sostenía el cuchillo descendió veloz sobre el pecho de la desgraciada. Una, dos, tres...

Hasta seis veces se hundió la hoja de acero en el cuerpo de Connie Brooks. Casi al mismo tiempo, la *Novena Sinfonía* de Beethoven dejaba de sonar... El más absoluto silencio se adueñó de la estancia.

Durante unos segundos, el asesino permaneció inmóvil, con el cuchillo en la mano, contemplando la sangre que manaba a borbotones por las profundas heridas de la víctima.

Dejó caer el cuchillo al suelo, arrancó el trozo de cinta adhesiva que cubría la boca de Connie y lo guardó en la bolsa de cuero.

Después, le dio la vuelta al cuerpo sin vida de la muchacha y le quitó las cuerdas que le sujetaban pies y manos, dejándolas caer en el interior de su bolsa.

Connie Brooks quedó así, tendida boca abajo, sobre un torrente

de sangre, con los ojos extremadamente abiertos y el rostro crispado de forma horrorosa...

El asesino atrapó su bolsa y abandonó silenciosamente el apartamento, dejando entreabierta la puerta.

Ascendió rápido las escaleras, hasta alcanzar la terraza del edificio. Allí se arrancó la careta de goma y la guardó en la bolsa, de la cual extrajo un par de zapatos que se colocó con prisas.

Por la escalerilla de incendios descendió a la calle.

Segundos más tarde, en su coche, emprendía tranquilamente la huida de aquel sector de la ciudad de Las Vegas.

Cuando Jeff Darrow entró en su oficina, a las nueve y pocos minutos, Karen Garrison ya se encontraba en ella, realizando su tarea.

—Buenos días, señorita Garrison.

—Buenos días, señor Darrow.

El investigador se detuvo ante la mesa de su nueva secretaria. Con la sonrisa en los labios, observó:

—Es usted muy puntual, señorita Garrison...

—Procuro serlo, señor Darrow.

—Y muy trabajadora...

—Procuro serlo, señor Darrow.

—Y muy bonita...

—Procu... —Se detuvo de pronto Karen y se puso seria—. Oiga, señor Darrow, no empiece con los galanteos o me despido inmediatamente.

—¿Se ha molestado sólo porque he dicho que es usted bonita...?

—No, no me he molestado, pero sí lo haré como continúe usted galanteándome de buena mañana.

—¿No le gustan los galanteos matutinos?

—Ni los matutinos, ni los vespertinos, ni los nocturnos. Todos son peligrosos, porque tras ellos, vienen las manitas, los besitos y otras cosas. Y una tiene que empezar a poner ojos morenitos si quiere cortar tales efusiones, ¿me comprende usted?

Jeff carraspeó.

—Oiga, señorita Garrison, no pensará que yo...

—Mejor será que no me dé motivos para pensarlo —sonrió ella. El investigador dio un suspiro.

—Vaya, veo que sigue usted desconfiando de mí.

—Yo, en principio, desconfío de todo el mundo.

—Voy a darle la oportunidad de conocerme mejor: la invito a cenar esta noche.

—Se lo agradezco mucho, pero no puedo aceptar.

—¿Por qué?

—Porque nos conocimos ayer —sonrió con coquetería Karen.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Es mejor esperar unos días, ¿no cree?

—No, no lo creo. Ayer por la mañana, cuando nos conocimos, quedamos en celebrar juntos el logro de su empleo, ¿no lo recuerda?

—Sí, claro que lo recuerdo. Pero es que entonces yo aún no sospechaba que usted iba a ser mi jefe...

—¿Qué tiene de malo cenar con el jefe?

—Puede resultar peligroso. Si el jefe intenta tomarse unos postres especiales, y una le para los pies, se expone a quedarse sin empleo. Y como yo tengo por costumbre parárselos a quien sea...

—A mí no tendrá usted que pararme nada.

—Quita la ocasión y quitarás el peligro —recordó la pelirroja, sonriendo con astucia.

—Señorita Garrison, ahí va mi ultimátum: o cena usted conmigo esta noche o la despido ahora mismo —dijo Jeff, con mucha seriedad, aunque se veía a las claras que bromeaba.

—Hombre, si se pone usted así...

—¿Quiere decir que acepta...? —Respingó cómicamente Jeff. Ella le sonrió ampliamente.

—Acepto, señor Darrow. Y ojalá no tenga que arrepentirme...

—Le juro que no se arrepentirá, señorita Garrison. A mí, a caballero, no hay quien me gane. Y ahora, con su permiso, me voy. He de tener una larga plática con cierto pintor.

—¿De paisajes?

—No, pinta desnudos.

—Cuidado con las modelos, señor Darrow...

—Yo voy a hablar con el pintor, no con sus modelos —tosió él.

—Pero es probable que alguna se encuentre cerca del pintor...

—Si es así, prometo no mirarla.

—Eso no se lo cree ni usted —repuso riendo Karen.

Jeff se disponía a replicar, cuando un hombre alto y fornido

entró en la oficina.

—Teniente Parks... —saludó extrañado el investigador—. ¿Cómo usted por aquí?

—Vengo a comunicarte algo, Darrow. Jeff frunció el ceño.

—Adelante, teniente; le escucho.

—Te has quedado sin cliente, Darrow.

—¿Qué...?

—Connie Brooks fue asesinada anoche, de igual forma que Janet Stockwell y Marjorie Holden.

Jeff Darrow endureció los músculos faciales y sus ojos adquirieron un brillo metálico.

—También Connie... —murmuró roncamente, apretando los puños con rabia.

—El sargento Butler me habló de tu teoría sobre estos asesinatos —prosiguió Parks—. El hecho de que también hayamos hallado el disco de la *Novena Sinfonía* de Beethoven, en el apartamento de Connie Brooks, parece confirmarla plenamente.

Jeff continuó en silencio, con el rostro atirantado.

—¿Averiguaste algo sobre Rudy Stevens, Darrow?

—Nada, teniente.

—Tampoco nosotros. Ese tipo sigue siendo un misterio por ahora. Y creo que él es la clave de todo.

—Yo también lo creo, teniente. Hubo una pausa.

—Si quieres darte una vuelta por el apartamento de Connie, puedes hacerlo, Darrow.

—Gracias, teniente.

—Y cuentas con mi autorización para seguir buscando al asesino de las tres muchachas. Estoy seguro de que, aunque te lo prohibiese, no me harías ningún caso.

—No, no se lo haría, teniente.

—Suerte, Darrow.

—Lo mismo les deseo, teniente.

Gary Parks echó a andar y salió de la oficina. Jeff miró a su secretaria.

—Señorita Garrison, si dentro de dos horas no estoy de vuelta, telefonee al Departamento de Policía, pregunte por el teniente Parks, de la Brigada de Homicidios, y dígame que acuda rápidamente con sus hombres al 182 de la Avenida Belmont. Es el domicilio de

Robert Egan.

—¿Quién es Robert Egan?

—El pintor de quien le he hablado antes. Y quizá también, el asesino de esas tres muchachas que ha mencionado el teniente Parks.

Jeff abandonó la oficina, dejando a Karen Garrison con los ojos agrandados y el rostro amarillento.

CAPÍTULO VIII

El tipo que abrió la puerta era moreno, alto, bien parecido, de robusta complexión y cuidada barbita.

—¿Qué desea?

—¿Es usted Robert Egan? —inquirió Jeff, aunque conocía la respuesta.

—Sí, yo soy.

—¿Me permite pasar? He de hacerle unas preguntas. El pintor frunció las cejas.

—¿Hacerme preguntas...?

—Sí, eso he dicho.

—¿Quién es usted?

—Jeff Darrow es mi nombre.

—¿Policía...?

Jeff le miró fijamente.

—¿Por qué precisamente policía? Robert Egan carraspeó nerviosamente.

—Como ha dicho que quiere hacerme unas preguntas...

—Soy investigador privado, señor Egan. Y llevo un caso entre manos al que quizá pueda darle solución si hablo unos minutos con usted.

El de la barbita consultó su reloj.

—No dispongo de mucho tiempo, señor Darrow. Soy pintor y...

—Sé que es usted pintor —le interrumpió Jeff.

—A las diez espero a mi nueva modelo. Y todavía he de preparar algunas cosas...

—A las diez estará usted en condiciones de atender debidamente a su nueva modelo, no se preocupe. Sólo nos llevará unos pocos minutos.

Tras un titubeo, el pintor asintió:

—De acuerdo, pase usted. Y sea breve, se lo ruego.

—Descuide —repuso Jeff, entrando en el apartamento.

—Usted dirá, señor Darrow.

El investigador extrajo la fotografía que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta y se la mostró al pintor.

—¿Conoce a esta joven que está conmigo, señor Egan? El artista cabeceó en sentido afirmativo.

—Sí, la conozco. Se llama Janet Stockwell, creo recordar. Trabaja en el club Mercurio.

—Trabajaba.

Robert Egan entornó los ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Que Janet Stockwell ha muerto. Fue asesinada hace tres noches.

A juzgar por su expresión, el pintor acababa de llevarse una sorpresa mayúscula.

—Me deja usted de piedra, señor Darrow...

—¿Posó Janet para usted en alguna ocasión?

—No, nunca. Se lo propuse hará unos tres meses, pero ella no quiso aceptar. Le ofrecí bastante dinero, pero por lo visto, no la tentaban los dólares. Era, simplemente, que no quería posar sin ropa. Circunstancia que a mí me extrañó, porque cuando bailaba en el club, no llevaba gran cosa... En fin, ella era muy libre de aceptar o denegar mi proposición, así que no insistí más.

—Decidió usted proponérselo a una compañera de Janet, a Connie Brooks...

—Sí, es cierto. ¿Cómo lo sabe...?

—La propia Connie me lo dijo.

El pintor mostró una sonrisa nerviosa.

—Connie también se resistió al principio, pero finalmente, accedió a posar para mí.

—Connie ha muerto.

Robert Egan puso los ojos en blanco.

Cuando consiguió volverlos a la normalidad, balbuceó:

—¿Asesinada también...?

—Anoche, por el mismo individuo que despachó a Janet.

—Increíble... —musitó el pintor, dejándose caer en un butacón, totalmente abatido. Jeff no quiso darle tregua.

—¿Conoce a una muchacha llamada Marjorie Holden?

—No...

—Era alta, delgada, muy rubia, magníficamente formada. Tenía veintidós años. Robert Egan tragó saliva con dificultad.

—¿Por qué dice «era»? —inquirió débilmente, como si temiera la respuesta del investigador.

—Porque también ha muerto. La asesinaron anteanoche.

—¿El mismo tipo que...?

—Sí, el mismo. No hay ninguna duda.

El pintor se pasó las manos por la cara.

—Es realmente monstruoso... Tres muchachas jóvenes, bonitas y esbeltas, asesinadas... ¿Por qué haría alguien una cosa así?

—Porque a las muchachas no les gustaba Beethoven. Robert Egan se quedó atónito.

—¿Cómo ha dicho...?

—Que el asesino las mató porque a ellas les importaba un comino Beethoven. El pintor, boquiabierto, no pudo articular palabra.

Jeff, en tono grave, interrogó:

—¿A usted le gusta Beethoven, señor Egan? El artista brincó materialmente del butacón.

—¿Está usted insinuando que yo...? Jeff, impertérrito, insistió:

—Responda a mi pregunta, señor Egan.

—¡Es tremendamente ofensiva! —rugió con fiero gesto Robert Egan, respirando agitadamente, como un animal acosado.

—Tal vez lo sea, pero la considero absolutamente necesaria.

—¡Pues no pienso responder!

—Entonces, me veré obligado a registrar su apartamento. El pintor, con ojos centelleantes, ladró:

—¡Usted lo que va a hacer es salir inmediatamente de aquí!

Jeff, serenamente, sin decir nada, se dirigió hacia una puerta que permanecía entornada, sospechando que se trataba del estudio del pintor.

Éste echó a correr hacia el investigador, convertido en una auténtica furia.

Se interpuso entre él y la puerta.

—¡Aquí no puede entrar, Darrow!

—¿Por qué no?

—¡Porque es mi estudio!

—Quiero ver su estudio.

—¡No se lo permito!

—Apártese, señor Egan, o tendré que apartarle yo.

Robert Egan disparó de pronto su puño derecho, estrellándolo contra el mentón del investigador.

Intentó golpearle de nuevo, pero Jeff le bloqueó el brazo y le envió la zurda, con tremenda fuerza.

El pintor recibió el puñetazo en un pómulo.

Demostró su fortaleza al encajar el golpe sin pestañear siquiera. Una fracción de segundo después, su puño izquierdo se hundía en el estómago del investigador.

Jeff se dobló hacia adelante, sintiendo unas náuseas incontenibles. Robert Egan le atizó duro en la cara y Jeff Darrow cayó al suelo.

—Lárguese si no quiere que le despedace, Darrow —masculló. El investigador se restañó la sangre que le manaba por la boca. Lentamente, se incorporó.

—Vamos, inténtelo, Egan. ¿O prefiere que le llame Stevens...?

—¿Qué?

—¿No se hace llamar también Rudy Stevens...?

—¡No sé de qué me habla!

—Yo le refrescaré la memoria —dijo Jeff, avanzando hacia el pintor, con muchas ganas de sacudirle.

Robert Egan le soltó un puño, pero Jeffladeó hábilmente la cabeza y esquivó el golpe, al tiempo que tanteaba con su izquierda el hígado del artista.

Éste lanzó un rugido de dolor y se encogió al instante:

El investigador lo enderezó de un potente gancho de derecha. Le largó dos trallazos más, al rostro, muy seguidos.

Robert Egan se tambaleó.

Jeff le alojó un puño en la quijada.

El pintor consiguió todavía responder con dos buenos golpes, pero fueron bastantes más los que recibió de su rival.

El último de ellos, un castañazo en el maxilar inferior, le derribó aparatosamente. Quedó en el suelo, boca abajo, totalmente inconsciente.

Jeff entró en el estudio de Egan.

A la derecha, en un lujoso mueble que contenía libros, botellas

de bebida y discos, estaba también el tocadiscos.

Jeff ojeó los discos.

Todos eran de música clásica.

Las nueve sinfonías de Beethoven ocupaban un lugar preferente.

—La Filarmónica de Berlín y Herbert von Karajan... —murmuró.

Su cerebro rememoró una visión, una horrible visión: la del cuerpo sin vida de Janet Stockwell.

Marjorie Holden y Connie Brooks habían muerto también así... Y Robert Egan había sido quien...

Atirantó los músculos del rostro y salió del estudio.

Egan continuaba en el suelo, aunque ya empezaba a recobrarse.

Jeff se arrodilló junto a él, le dio la vuelta bruscamente y lo agarró por la camisa.

—Confiéselo todo, Egan.

—No tengo nada que confesar...

Jeff le soltó un revés y le arrancó un grito.

—Está cogido, Egan, de nada le servirá negar. Usted asesinó a esas tres muchachas.

—¡No es cierto!

Jeff le atizó otra bofetada.

—Tiene las nueve sinfonías de Beethoven en su estudio. ¿Va a decirme que no son suyas?

—¡Pues claro que son mías! ¿Y qué prueba eso?

—Al asesino le gusta Beethoven.

—¡A mí también me gusta, pero no soy ningún asesino! Jeff le soltó un tercer golpe.

—¡Usted las mató, Egan!

—¡Yo no las maté, se lo juro!

—¡Estoy dispuesto a golpearle hasta que confiese!

—¡Ay...!

—¡Hable, diga la verdad!

—¡Yo no fui, yo no fui...!

—¡Confiese, maldito...!

—¡Ah...!

El investigador suspendió momentáneamente el castigo. Robert Egan, respirando entrecortadamente, dijo:

—Usted no tiene pruebas contra mí, Darrow, ni una sola. Por eso quiere obligarme a confesar a fuerza de golpes... Bien, puede seguir

pegándome, pero no conseguirá nada, porque estoy decidido a dejarme matar antes que declararme culpable de unos asesinatos que no he cometido...

—Está mintiendo, Egan.

—Vamos, lléveme a la policía, ¿a qué está esperando? Si tan seguro está de que soy el homicida que anda buscando, allí se demostrarán uno por uno mis crímenes.

Jeff no dijo nada. El pintor sonrió.

—Entiendo, Darrow. No se atreve a llevarme a la policía porque carece de pruebas y teme hacer el ridículo ante la ley, ¿eh?

—Sé que usted es el asesino, Egan.

—Está equivocado, Darrow.

—Si no lo fuera, no se habría negado a confesar que le gustaba Beethoven.

—Me negué porque me pareció una alusión demasiado descarada por su parte.

—Lo hizo porque temía que por ahí le descubriera.

—No es un delito que a ciertas personas les guste la música de Beethoven. Adelante, lléveme a la policía. Con sumo gusto me someteré al interrogatorio. Y declararé ante quien sea que me encantan las composiciones de Beethoven. ¿Qué pueden hacerme por eso?

Jeff se puso en pie lentamente.

Robert Egan también se incorporó, con alguna dificultad. Los dos hombres se miraron.

—¿Va a llevarme con usted, Darrow?

—No.

—¿Por qué? —inquirió con ironía el pintor.

—Como usted ha adivinado, no tengo pruebas. Pero pronto las tendré. Sabiendo quién es el asesino, resulta mucho más sencillo encontrarlas. Volveremos a vemos las caras, Egan.

Jeff Darrow se encaminó hacia la puerta.

Ya la tenía abierta, cuando volvió la cabeza y añadió:

—Se me olvidaba, Egan: prefiero comerme un bocadillo de clavos antes que escuchar cualquiera de las sinfonías de Beethoven.

Después, salió del apartamento, cerrando de un portazo.

CAPÍTULO IX

—¡Señor Darrow...! —exclamó ahogadamente Karen Garrison, al ver entrar en la oficina al investigador.

—Hola, señorita Garrison.

—Dios mío, ¿qué le ha sucedido...? —inquirió la pelirroja, poniéndose en pie nerviosamente.

—No se asuste, no es nada.

—¿Que no es nada, dice...? ¡Pero si da la impresión de haberse estrellado contra un «Jumbo»!

Jeff mostró una media sonrisa, porque con lo que le dolía la boca, no se atrevió a mostrarla entera.

—El «Jumbo» quedó mucho peor que yo, señorita Garrison, ése es mi consuelo.

Ella se le acercó y le estudió desde cerca las contusiones.

—¿Con quién se pegó...?

—Con el tipo de los pinceles.

—Pues el pintor le puso un pómulo como una ciruela madura...

—Yo le puse a él los dos, no se preocupe.

—Tiene un enorme moretón en la barbilla...

—El tiene tantos, que su cara parece la piel de un tigre.

—Y un corte profundo en el labio inferior...

—Eso es lo que más mal me sabe —dijo Jeff, exhibiendo una mueca de contrariedad—. Voy a tener que pasarme algunos días sin poder besar a una chica bonita.

—Olvídese de las chicas bonitas ahora.

—Para eso tendría que ponerme de espaldas a usted.

—Señor, Darrow, no empiece... —recriminó ella, aunque sin enfadarse.

—Oh, perdone, señorita Garrison. Olvidé que a usted no le gustan los piropos a ninguna hora del día.

—Fíenos de hacer algo con su cara.

—Tírarla a la basura.

—No diga tonterías.

—Si quiere la sacamos a subasta. Aunque tal y como está ahora, no nos darían mucho por ella...

Karen le envió una mirada de censura.

—¿Cómo se puede bromear, teniendo la cara hedía migas?

—Las desgracias, si se toman a broma, se soportan mejor...

—¿Tiene un botiquín?

—En mi mesa, en el segundo cajón de la izquierda.

—Entremos en su despacho.

—Entremos.

Jeff y Karen penetraron en la estancia contigua.

La bella pelirroja abrió el cajón indicado y sacó el botiquín.

—Siéntese, señor Darrow.

Jeff ocupó su sillón.

—Eche la cabeza hacia atrás —ordenó la secretaria. El investigador lo hizo.

Karen Garrison procedió a atenderle las contusiones del rostro.

Jeff la miraba con un brillo socarrón en los ojos.

—Es usted una enfermera encantadora, señorita Garrison...

—Le prohíbo hablar mientras dure la cura.

—Con qué suavidad me atiende el pomulito...

Karen, sin hacer comentario alguno, pasó a atenderle el mentón.

—¡Eh, cuidado, cuidado...! —exclamó Jeff, haciendo una mueca de sufrimiento.

—¿Le hice daño?

—Bastante...

—Lo siento, señor Darrow. Pero conste que la culpa la tiene usted, porque no para de hablar ni de mover la cabeza.

—Está bien, me callaré. Pero atiéndame el mentoncito con el mismo mimo que el pomulito, ¿eh?

Karen sonrió divertida.

—Es usted un caso, señor Darrow.

—Y usted...

—No lo diga.

—Bueno, no lo diré. Pero lo es usted. Y mucho...

—Voy con la herida de su labio.

—Esmérese, se lo ruego. Me gustaría tenerlo en condiciones lo

antes posible.

—No sea tan atrevido o le parto el otro de un codazo.

—Me gusta su carácter, señorita Garrison.

—Yo no estoy muy segura de que me guste el suyo.

—Bueno, al menos un poquito, sí le gustará. Teniendo en cuenta que aceptó cenar conmigo esta noche... Caramba, ahora que menciono lo de la cena: tendremos que aplazarla.

Ella le miró, sorprendida.

—¿Por qué? Tanto que parecía desearlo usted... Jeff exhaló un suspiro.

—Fervientemente, señorita Garrison. Y lo sigo deseando, palabra.

—¿Entonces?

—La culpa de que no podamos cenar juntos esta noche, la tiene Robert Egan.

—¿El pintor...? ¿Qué tiene que ver él con la cena...?

—Es el asesino que andaba buscando.

—¿Está seguro...?

—Desde hace algo más de una hora, totalmente.

—¿Ya se lo ha dicho a la policía?

—No, porque no tengo la más mínima prueba contra él. Sin embargo, espero obtener una muy pronto, tal vez hoy mismo. Y será tan importante que resultará decisiva.

—¿Qué clase de prueba? —quiso saber Karen.

—Atraparé a Robert Egan cuando intente cometer su cuarto crimen. Con las manos en la masa, vamos.

La joven pestañeó.

—¿Acaso sabe usted a quién piensa asesinar...?

—Claro que lo sé: a mí.

Karen Garrison dio un respingo exagerado.

—¿Bro... bromea usted, señor Darrow...? —tartamudeó. Jeff dijo que no con la cabeza.

—Hablo muy en serio, señorita Garrison.

—¿Por qué piensa que...?

—Robert Egan tiene tres poderosos motivos para intentar acabar conmigo. Primero: sabe que le he descubierto, aunque por ahora, no pueda probar que él es el asesino. Segundo: le he dado una soberana paliza. Y tercero: aunque no es verdad, le he dicho que a

mí no me gusta Beethoven.

Karen se había quedado pálida.

—Supongo que pedirá usted protección a la policía...

—Eso sería un error por mi parte, señorita Garrison. Robert Egan ha demostrado ser un tipo muy inteligente. Si algún policía me rondara, él se lo olfatearía en seguida y no intentaría nada contra mí por el momento. Prefiero darle facilidades.

—¿No le importa su vida, señor Darrow?

—Ya lo creo que me importa. Confidencialmente, le diré que no tengo otra —repuso jocosamente el investigador.

—Entonces, ¿por qué piensa arriesgarla de ese modo?

—Porque dadas las circunstancias, lo considero necesario. Pero no tema, no me sucederá nada.

La pelirroja ya llevaba un rato quieta.

—Vamos, siga reparándome el labio, que puedo necesitarlo de un momento a otro.

—Ya lo tiene reparado.

—¿De veras? —Respingó Jeff.

—De veras.

—¿Puedo hacer una prueba?

—Conmigo no —dijo ella en seguida.

Jeff la cogió de un brazo y tiró con fuerza.

Karen cayó sobre sus rodillas, emitiendo un chillidito.

Quiso levantarse rápidamente, pero él la enlazó por el talle y la besó en los labios. La pelirroja hubiera podido hacer algo más por evitar el beso.

Pero no lo hizo.

Después del beso, se miraron a los ojos.

—Usted mucho presumir de caballero, señor Darrow, pero a la primera oportunidad, ¡zas!, abrazo que te doy, beso que te suelto.

—Bueno, verá...

—Antes de que le clave un codo en la boca y le afloje media docena de dientes, dígame por qué me ha besado.

—Porque me gusta usted, Karen.

—A usted le gustan todas.

—Pero usted mucho más que todas.

—Veamos, ¿está enamorado de mí?

—Desde que nos dimos el encontronazo en el portal.

—¿Y qué piensa hacer?

—Casarme con usted.

—Ah, eso será si yo le acepto.

—Usted me aceptará, Karen.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque usted también está enamorada de mí. Me di cuenta cuando vi cómo empalidecía al saber que voy a vérmelas cara a cara con el asesino.

—Es lógico que una secretaria se preocupe por su jefe.

—No sea embustera. Ésa no era la razón. Ella le sonrió ya sin reservas.

—¿De veras estás dispuesto a casarte conmigo, Jeff?

—Mañana mismo.

—¿Tanto me quieres?

—Si no tuviera el labio lastimado, verías.

—Antes me has besado...

—Eso fue tan sólo un beso mediano, por las causas ya mencionadas. Un minibeso, vamos.

—A mí no me pareció tan mini...

—Comparado con los que vendrán cuando me desaparezca el corte labial, una pequeñez, ya lo verás.

La pelirroja le rodeó el cuello.

—Eres más fresco que el polo Norte, Jeff.

—Pero me quieres...

—Sí, te quiero.

—Y te casarás conmigo...

—Sí, me casaré contigo.

La sonrisa que exhibía ahora Karen Garrison estaba llena de amor, de dicha y de felicidad.

Jeff Darrow se olvidó de la herida que tenía en el labio inferior y besó con vehemencia los gordezuelos labios de su secretaria.

Robert Egan se estaba aplicando una toalla mojada sobre los cortes y las magulladuras que le poblaban el rostro.

Llamaron a la puerta.

Dejó la toalla sobre el lavabo, salió del cuarto de baño y acudió a abrir.

—Buenos días, señor Egan.

—Hola, Lucy.

—¡Oh...! —exclamó sorprendida la joven de pelo castaño, al verle las contusiones del rostro. Era atractiva, de gran esbeltez—. ¿Qué le ha ocurrido, señor Egan...?

El pintor carraspeó.

—Tuve un accidente con el coche.

—Cuánto lo siento, señor Egan. Supongo que no se encontrará en condiciones de...

—No, hoy no, Lucy. Empezarás a posar mañana, ¿te parece bien?

—Por supuesto.

—Hasta mañana, entonces, Lucy.

—Adiós, señor Egan.

Lucy Sheldon, la nueva modelo de Robert Egan, se alejó. El pintor cerró la puerta.

Poco después, Egan salía de nuevo, alcanzaba la calle, entraba en su coche y lo ponía en marcha.

Detuvo el vehículo en las afueras de la ciudad, ante una villa. Salió de él y pulsó el timbre de la puerta.

Abrió un hombre alto, fuerte, de facciones correctas, moreno, de cuidada barbita. Frisaba unos treinta años.

Era Frank Egan, el hermano del pintor.

—Por todos los diablos, Robert, ¿qué te ha sucedido...?

—Me caí rodando por las escaleras, pero ya estoy bien. ¿Puedo pasar? —inquirió Robert Egan, con seriedad.

—Adelante, hermano.

El pintor entró en la villa.

Frank Egan lo hizo pasar a un cómodo *living*.

Allí tenía su magnífica discoteca.

Un disco estaba sonando: la *Novena Sinfonía* de Beethoven, por la Filarmónica de Berlín y Karajan.

—Páralo, Frank —indicó Robert.

—¿Por qué?

—Hemos de hablar de algo importante. Lo haremos mejor sin música.

—Como quieras —repuso Frank, desconectando el tocadiscos. Robert ocupó una parte del sofá y Frank se sentó a su lado.

—¿Te sirvo un *whisky*, hermano?

—No me apetece beber ahora, Frank.

—¿De qué quieres hablarme, Robert?

—No me caí por las escaleras, Frank. Lo que tengo en la cara es el resultado de mi pelea con un individuo llamado Jeff Darrow.

—¿Por qué fue la discusión?

—El tipo es investigador privado. Me culpa de haber matado a tres muchachas: Janet Stockwell, Marjorie Holden y Connie Brooks. Frank Egan se quedó quieto.

Sus pupilas despidieron un centelleo.

—¿Por qué te culpa precisamente a ti, Robert?

—Lo ignoro. Lo único que me dijo es que al asesino de esas tres muchachas le gusta Beethoven. Cuando descubrió las sinfonías de Beethoven en mi estudio, ya no pude convencerle de que yo no he matado a nadie.

—Eso es una estupidez. Cientos de personas en Las Vegas tienen las sinfonías de Beethoven.

—Cierto. Sin embargo, Jeff Darrow afirma que yo soy el asesino. Admite no tener pruebas contra mí, pero asegura que no tardará en obtenerlas.

—Ese investigador está loco.

De pronto, Robert Egan disparó:

—¿Por qué las mataste, Frank?

—¿Eh...? No estarás hablando en serio, ¿verdad, Robert?

—Muy en serio, Frank. Cuando el investigador me explicó por qué habían sido asesinadas esas tres muchachas, supe inmediatamente que tú las habías matado. Desde que se apoderó de ti esa desenfrenada pasión por la música de Beethoven, has cometido muchas tonterías, Frank. Sin embargo, jamás pensé que llegaras a matar a alguien por el simple hecho de no compartir tus gustos musicales...

—¡Beethoven era un genio! —estalló Frank Egan, saltando del sofá con una expresión totalmente distinta, propia de un demente.

—A mí también me gusta Beethoven, Frank, tú lo sabes. Pero de una manera lógica y normal...

—¡Hay demasiadas personas en el mundo que no saben apreciar la grandeza de Beethoven!

—¿Y qué? Allá cada cual con sus preferencias...

—¡No estoy dispuesto a tolerarlo, Robert! El pintor sintió pena por su hermano.

—Estás enfermo, Frank...

—¡No estoy enfermo!

—Necesitas que te vea un buen médico cuanto antes...

—¡No estoy loco, Robert! —se desgañitó Frank Egan, pero su expresión le contradecía.

—Cálmate, Frank. Vamos, siéntate otra vez y Cuéntamelo todo desde el principio.

Frank Egan se mostró dubitativo, pero finalmente, volvió a sentarse en el sofá, junto a su hermano, ligeramente tranquilizado.

—Tropecé casualmente con una joven, Robert... Era alta, muy hermosa, con los cabellos rubios y largos...

—¿Marjorie Holden?

—Sí, así se llamaba. Nos hicimos amigos rápidamente. Para impresionarla, se me ocurrió decirle que era pintor. Y le di un nombre falso: Rudy Stevens. Ella me miró entonces con admiración. Le propuse llevarla a conocer mi estudio.

—¿Tu estudio...?

—Bueno, el tuyo, claro. Yo sabía que aún ibas a tardar unos diez días en regresar de Nueva York. Y como tengo una llave de tu apartamento... Marjorie aceptó encantada. Una vez en tu estudio, llevé mi juego más lejos todavía; le sugerí que posara para mí. Yo no soy pintor, claro, pero no dibujo mal. Y como te he visto tantas veces manejar los pinceles... El caso es que ella accedió. Todas las noches acudía puntual al estudio. Aquello resultaba divertido, Robert... Pero sucedió algo con lo que yo no contaba: me enamoré perdidamente de Marjorie.

—¿Se lo dijiste?

—Sí.

—¿Y ella?

—Dijo que también me quería. Incluso estaba dispuesta a casarse conmigo...

—Entonces, ¿por qué la mataste?

Los ojos de Frank Egan brillaron intensamente.

—A Marjorie no le gustaba Beethoven, Robert... No podía hacerla mi esposa... Decidí matarla. Y a todas las que pensasen como ella. Los club nocturnos están llenos de muchachas que arrugan la cara si les hablas de Beethoven. Me presenté en uno de ellos, en el Mercurio, y elegí mi primera víctima: Janet Stockwell.

—¿Por qué la asesinaste antes que a Marjorie?

—Me dolía acabar con Marjorie, quise darle una nueva oportunidad, le hablé de Beethoven... Fue inútil. Ella no podía tragar a Beethoven... Le puse una excusa para retrasar un día nuestra boda. Aquella misma noche, la maté. Y al día siguiente, a Connie Brooks. Esta noche tenía pensado matar a una de las bailarinas del club Nevada, a Shirley Nadel, pero he cambiado de idea: mi cuarta víctima será Jeff Darrow.

Hubo un prolongado silencio. Robert Egan lo rompió:

CAPÍTULO X

—¿Por qué quieres matar al investigador?

—Para impedir que siga husmeando.

—No tiene pruebas contra ti, Frank...

—No importa. Morirá esta misma noche.

—¿Y quién morirá mañana?

—Shirley Nadel, la bailarina del club Nevada.

—¿Y pasado mañana?

—Aún no lo tengo pensado. Tal vez una compañera suya. Robert Egan se calló.

Su hermano le miró de forma interrogante.

—¿Desapruebas lo que estoy haciendo, Robert...?

—Hombre, ahora que conozco tus motivos, no... Te enamoraste de Marjorie, querías hacerla tu esposa, trataste de conseguir que cambiara de parecer con respecto a Beethoven, porque no querías matarla... Al no conseguirlo, te viste obligado a asesinarla... Tu venganza, pues, contra todas aquellas muchachas que no aman la música de Beethoven, está justificada...

—¿Verdad que sí? —sonrió Frank, de forma anormal.

—Claro, hermano —asintió Robert, levantándose.

Frank Egan se incorporó también y le puso una mano en el hombro.

—No le dirás nada a la policía, ¿verdad, Robert?

—Por supuesto que no —respondió el pintor, sonriendo—. Mantendré en riguroso secreto todo cuanto me has contado.

—Te creo, Robert.

—Ahora sí te acepto ese trago de *whisky*, Frank.

—¿Cómo lo quieres?

—Con hielo, por favor.

—Vamos allá —dijo Frank Egan, volviéndose hacia el mueble bar. Cogió la botella de *whisky* y dos vasos.

Tras echar unos pedazos de hielo, empezó a llenarlos. Súbitamente, dejó caer la botella y saltó hacia su izquierda.

Un quinto de segundo después, un pesado jarrón de porcelana se hacía añicos contra el mueble bar.

La reacción de Frank Egan fue fulminante.

Antes de que su hermano rectificara su posición, le golpeó duramente en la nuca, con el filo de la mano derecha.

Robert Egan se desplomó, quedando desmadejado en el suelo.

Cuando recuperó el conocimiento, se encontró sentado en un sillón. Tenía las piernas atadas a las patas del sillón, y los antebrazos fuertemente sujetos a los brazos del mismo.

Frank Egan se hallaba frente a él, con un brillo asesino en las pupilas.

—Frank...

—Me engañaste, Robert.

—Yo te explicaré...

—Sobran las explicaciones, hermano, todo está muy claro. Intentaste dejarme sin sentido con el jarrón, para entregarme luego a la policía.

Robert Egan se pasó la lengua por los labios, visiblemente asustado.

—Te equivocas, Frank... Sólo trataba de impedir que siguieras matando, pensaba llevarte a una clínica de Nueva York, para que pudieras recibir el tratamiento adecuado...

—Mientes, Robert.

—Te juro que no, Frank. Desátame y te lo demostraré. Saldremos ahora mismo hacia Nueva York, en mi coche.

—Tú no vas a ir a ningún sitio, hermano.

—Por favor, Frank, tienes que hacerme caso. Quiero ayudarte, ¿no lo comprendes?

—No necesito ayuda de nadie, Robert. Tú permanecerás aquí, atado a ese sillón, hasta que yo mande al infierno a ese investigador que parece tan listo. Después, ya veremos qué decido hacer contigo, hermano, aunque tal y como se han puesto las cosas, tienes pocas posibilidades de seguir con vida.

El pintor sintió un escalofrío.

—No te será fácil acabar con Jeff Darrow, Frank. Es un tipo duro, resistente, y sabe defenderse. Además, debe estar rodeado de

policías.

—¿Por qué rodeado de policías?

—¿Olvidas que Jeff Darrow cree que yo soy el asesino? Es lógico que piense que voy a intentar acabar con él. Lo más probable, si no me haces caso, es que caigas en una trampa.

Frank Egan guardó silencio.

—Es posible que tengas razón, Robert.

—Olvídate del investigador y vámonos a Nueva York.

—Olvídate tú de Nueva York y de las clínicas para enfermos mentales. Nadie va a tratarme como a un loco. En cuanto a Jeff Darrow, si de momento resulta arriesgado acercarse a él, ya lo haré más adelante. Pero esta noche, una nueva muchacha perderá la vida...

—¿Shirley Nadel?

—Depende, Robert, depende...

—¿De qué?

Frank Egan no respondió.

Atrapó el listín telefónico y buscó un número. Cuando lo tuvo, descolgó el auricular y lo disco.

—¿Señor Darrow...? ¿No está...? Bueno, no es nada importante, señorita. Volveré a llamar otro día, gracias.

Frank Egan dejó el auricular sobre la horquilla y sonrió extrañamente.

—¿Has oído, Robert? Jeff Darrow tiene una secretaria. Por la voz, parece joven... Y si es joven, hay muchas posibilidades de que no le guste Beethoven... Averiguaré quién es y dónde vive, revisaré su discoteca, y como no encuentre ninguna de las sinfonías de Beethoven, ella será mi cuarta víctima...

Jeff Darrow se encontraba en su apartamento, sentado en un butacón, con las luces apagadas.

Cerca de él, sobre una mesa ratona, descansaba su revólver. Dio un suspiro de aburrimiento y consultó su reloj.

Eran las doce y media.

El asesino solía aparecer más tarde.

Seguiría esperando, convencido de que acudiría.

En el silencio del apartamento, el timbre del teléfono resonó como una ráfaga de metrallera.

Jeff no pudo evitar un sobresalto. Estiró el brazo rápidamente,

atrapó el receptor y se lo llevó al oído.

—¿Quién?

—¿Jeff Darrow...?

—Sí, al habla.

—Darrow, soy Charles Dubbins.

—Hola, Dubbins, ¿qué tal?

—Estoy en la redacción del periódico, acabando mi artículo de mañana. Te llamo para saber si por fin diste con Rudy Stevens, ese pintor que andabas buscando.

Charles Dubbins era crítico de arte, uno de los más prestigiosos de Las Vegas, y viejo conocido de Jeff.

—No pude encontrarlo, Dubbins.

—Me lo figuraba. Tal vez te dieron un nombre equivocado.

—Lo más probable.

—En fin, lo lamento por ti, Darrow. Hasta la vista.

—Un momento, Dubbins. ¿Conoces a Robert Egan?

—Sí, lo conozco. Es un pintor joven, con buenas maneras. Le auguro un futuro brillante si continúa esforzándose como lo ha venido haciendo hasta ahora. Dentro de algún tiempo, dará mucho que hablar, ya lo verás. Ayer precisamente estuve charlando con él. Acababa de llegar de Nueva York.

—¿Cómo has dicho...? —Respingó Jeff.

—Que hablé ayer con Robert Egan, a su llegada de Nueva York.

—¿Estás seguro de que Robert Egan estaba en Nueva York...?

—Pues claro que lo estoy. Ha permanecido dos semanas en la ciudad de los rascacielos. Expuso sus obras en una importante galería de arte y me aseguró que había obtenido un señalado éxito.

Jeff se llenó de desconcierto.

—¿Sigues ahí, Darrow...? ¿Qué pasa, por qué te has callado de pronto?

—Nada, Dubbins, no pasa nada. Pero hubiera jurado que Robert Egan se encontraba en Las Vegas estos últimos días...

—Totalmente imposible, amigo mío. Tal vez lo confundiste con su hermano. Ambos son, físicamente, muy parecidos.

Jeff brincó del butacón.

—¿Robert Egan tiene un hermano...?

—Sí, se llama Frank.

—¡Y también es pintor!

—No, Frank Egan no es pintor. Se dedica a la decoración.

—Voy a hacerte una pregunta muy importante, Dubbins: ¿crees a Frank Egan capaz de pintar un desnudo?

—Bueno, tengo entendido que Frank tiene buena mano para el dibujo. Y como la especialidad de su hermano es precisamente ésa, pintar desnudos, es lógico que Frank tenga alguna idea de cómo deben realizarse. Sin embargo, en el caso de que intentase pintar un desnudo, no creo que consiguiera gran cosa... Para eso se precisan años de experiencia...

—¿Sabes dónde vive Frank Egan?

—Sí, en las afueras de la ciudad. Tiene una bonita villa.

—¿Le gusta Beethoven a Frank...?

—¡Uf!, una enormidad. Tiene todas sus sinfonías. A Robert Egan le encanta Beethoven, pero a su hermano, muchísimo más.

—¡Dubbins!

—¡Eh!, ¿por qué me gritas de ese modo?

—¡Dentro de cinco minutos te quiero en el portal de la redacción!

—¿Adónde vamos?

—¡A la villa de Frank Egan!

Karen Garrison no lograba conciliar el sueño.

Por enésima vez, cambió de posición en la cama.

La causa de su intranquilidad se llamaba Robert Egan.

¿Conseguiría cazarlo Jeff?

¿O sería el pintor quien...?

Estos pensamientos la atormentaban.

De pronto, su fino oído detectó un leve ruido en el *living*.

Lo aguzó al máximo, pero no percibió ningún nuevo sonido.

A pesar de ello, para mayor tranquilidad, encendió la lámpara de la mesilla de noche, saltó de la cama, se colocó su bata sobre el camisón y salió del dormitorio.

El *living* se hallaba en penumbra, débilmente iluminado por la luz que procedía de la habitación de la muchacha.

Karen se acercó al interruptor de la luz.

Ya lo rozaba con sus dedos, cuando alguien, sujetándola por detrás, le cubrió la boca con una mano enguantada.

La joven intentó librarse de su asaltante, pero sintió una fuerte

presión sobre la arteria carótida y sus fuerzas se esfumaron misteriosamente. Segundos después, había perdido el conocimiento.

Jeff Darrow detuvo su coche ante la villa de Frank Egan. El y Charles Dubbins salieron rápidamente del vehículo.

—Hazte a un lado, Dubbins —indicó Jeff.

El crítico de arte se apartó un par de metros.

El investigador tomó carrera y se lanzó, cargando con el hombro derecho, contra la puerta, la cual cedió al primer intento.

Jeff, revólver en mano, irrumpió en la casa. Charles Dubbins fue tras él.

En seguida encontraron a Robert Egan, atado al sillón, con una mordaza en la boca. El investigador se la quitó rápidamente.

—¿Dónde está su hermano Frank?

—¡Ha ido a matar a su secretaria!

—¿A Karen Garrison...? —exclamó Jeff, sintiendo una descarga eléctrica por todo el cuerpo.

—¡Corra, Darrow, si quiere llegar a tiempo de salvarla!

—¡Dubbins, ocúpate de él! —gritó Jeff, saliendo disparado de la estancia.

En el *living* del apartamento de Karen Garrison, ya estaba sonando, a media voz, la *Novena Sinfonía* de Beethoven.

La muchacha, tumbada en el suelo, atada de pies y manos, con la boca cubierta por un pedazo de cinta adhesiva, aguardaba con desesperación el momento de su muerte.

—Atención, señorita Garrison... Se acercan los últimos compases, la apoteosis final de esta gran composición musical, y con ellos, el momento en que pondré fin a su vida...

Las palabras de Frank Egan, que se cubría el rostro con la máscara de goma, obligaron a Karen a realizar un último esfuerzo para evitar lo que parecía inevitable: librarse de la muerte.

Se agitó, se convulsionó, movió la cabeza, pateó... Todo fue en vano.

El pie derecho del hombre acentuó la presión sobre su pecho.

Karen, sudorosa, agotada por el supremo esfuerzo realizado, cerró los ojos con desesperación y dejó de forcejear, abandonándose al trágico fin que la aguardaba.

Frank Egan se arrodilló y elevó el brazo que sostenía el cuchillo.

Karen abrió tanto los ojos que parecía que iban a salirse de las órbitas.

Un estruendo retumbó en el apartamento: la puerta había sido abierta violentamente por alguien.

Jeff Darrow apareció en el *living*.

Pudo apretar el gatillo de su revólver, pero como Frank Egan estaba a punto de acuchillar a Karen, temió que, a pesar de los plomos que lograra incrustarle en el cuerpo, el asesino tuviera fuerzas suficientes para hundir la hoja de acero en el pecho de la muchacha.

Prefirió lanzarse sobre él, aun sabiendo el riesgo que ello suponía. Jeff Darrow y Frank Egan rodaron por el suelo.

El investigador aferró su mano izquierda a la muñeca derecha del homicida, para impedir que le clavara el cuchillo.

Egan también anduvo listo y atrapó la mano armada de Jeff. El forcejeo era feroz, brutal, despiadado...

En una de las ocasiones en que Frank Egan logró situarse sobre el investigador, dio una brusca torsión a la muñeca de su rival, obligándole a soltar el revólver.

Jeff maldijo para sus adentros.

Inesperadamente para él, Egan se cambió de mano el cuchillo, con gran rapidez, y trató de hundírselo en el pecho.

Jeff se movió, pero no lo suficiente como para impedir que el acero se le incrustara a la altura de la clavícula izquierda.

Se le escapó un grito de dolor.

El asesino desclavó el arma y levantó de nuevo el brazo, dispuesto a asestarle una nueva cuchillada al investigador.

Jeff vio descender velozmente la ensangrentada hoja.

Mordiéndose los labios, para soportar mejor el agudo dolor que le producía la herida, levantó los dos brazos a la vez, saliendo al encuentro del brazo armado del loco homicida.

No consiguió frenarlo.

Pero no había sido ésta la intención de Jeff, sino retorcérselo. Y esto último sí lo consiguió.

El cuchillo, cambiando radicalmente su trayectoria, se hundió hasta la empuñadura en el pecho de Frank Egan, en pleno corazón.

El aullido de muerte que emitió el asesino resultó espeluznante, terrorífico, desgarrador...

Cayó como un fardo sobre Jeff Darrow, convertido ya en cadáver. Jeff se lo quitó de encima y se incorporó, jadeante todavía.

La sangre le manaba abundantemente por la herida.

Sujetándose el brazo izquierdo con el derecho, se acercó a Karen.

La muchacha, incapaz de resistir tantas cosas, se había desvanecido.

Jeff se dijo que también él tenía muchas posibilidades de desvanecerse de un momento a otro, porque su debilidad aumentaba por segundos.

Se aproximó al teléfono, descolgó el auricular y marcó un número: el de la policía.

—Oiga, por favor, con el teniente Parks, de la Brigada de Homicidios... Sí, espero... —Se pasó el dorso de la mano por los ojos, tratando inútilmente de aclarárselos—. ¿Teniente Parks...? Sí, Darrow al habla... Estoy en el 244 de la calle Diamond, apartamento 66... Tengo un cadáver aquí: el del tipo que, por admirar demasiado a Beethoven, se había convertido en un asesino... No, lo siento, no puedo darle detalles ahora, estoy herido... Ordene que venga una ambulancia, porque ya...

Jeff no pudo seguir hablando con Gary Parks. Se había desmayado.

EPÍLOGO

Jeff Darrow ocupaba la habitación 612 de una clínica que siempre le había caído bien, porque disponía de unas enfermeras deliciosas desde el gorrito hasta las puntas de los zapatos.

Una de ellas acababa de introducirse en la habitación, portando una pequeña bandeja sobre la cual descansaba un vaso de leche.

Era rubia, y llevaba —como todas— un uniforme ceñidito y cortito, la mar de mono todo él.

Jeff estiró el cuello y le examinó las piernas a la enfermera, desde los tobillos hasta donde empezaba a cubrirlas el uniforme, que no era poco trecho.

Lanzó un silbido admirativo y comentó:

—Para que luego digan que las piernas de Cruyff son las más valiosas del mundo... La enfermera, sonriendo, se acercó a la cama, aunque no mucho.

—Usted siempre con sus piropos, señor Darrow.

—Es que en verdad eres un monumento que anda, Amanda...

—Apuesto a que eso también se lo ha dicho a Doris.

Doris era la enfermera que hacía el otro turno, una morenaza inmejorable.

—Bueno, Doris también es monina, pero tú me gustas más.

—Bébase la leche, señor Darrow.

—Dámela tú, anda.

—No, que ayer me pellizcó dos veces.

—Mujer, por pellizquito más o menos...

—Usted ya tiene a quién pellizcar.

—¿Te refieres a mi novia...?

—Sí, a la señorita Garrison. Está en el corredor, esperando que den las diez, para poder visitarle.

—¿Y cuánto falta para las diez...?

—Cinco minutos escasos.

—Diablos, date prisa, acércame el vaso.

—La enfermera se lo aproximó y Jeff lo vació sin tomarse respiro.

—La servilleta, Amanda.

La rubia se la dio y el investigador se secó los labios.

—Toma, preciosa.

Ella, tal vez por descuido, o quizá intencionadamente, se acercó más para recoger la servilleta.

Se ganó el primer pellizco de la mañana.

—¡Oh...! ¡Se lo voy a decir a su novia!

—Te aconsejo que no lo hagas, Amanda. A mí me pondría un ojo moreno, pero a ti te sacaría los dos. Es muy celosa, ¿sabes?

—¡Es usted incorregible, señor Darrow!

—Y tú una maravilla. Anda, dile a mi novia que puede pasar. La enfermera salió de la habitación, moviendo las caderas.

—Qué fuselaje... —murmuró el investigador.

Karen Garrison entraba pocos segundos después.

—Hola, Jeff —saludó con seriedad.

—¿Qué tal, cariño?

—Te lo estabas pasando bien con la rubia, ¿eh?

—Pero qué mal pensada eres, amor mío.

—Piensa mal y acertarás.

—Amanda es una chica decente.

—Pero tú eres un sinvergüenza.

—Karen, me estoy muriendo de ganas de abrazarte y besarte. ¿Por qué hemos de perder el tiempo en discusiones tontas?

—No tan tontas.

—Sí, lo son, porque no tienen razón de ser. Yo te quiero como jamás quise a nadie. Tú también me quieres. Vamos a casarnos tan pronto como el doctor Cramer me dé el alta. ¿Qué importa que la enfermera sea una chica mona?

—Me sentiría más tranquila si fuera vieja, jorobada y fea.

—Karen, no me hagas sufrir más, que ya tengo el labio curado... La pelirroja no pudo reprimir una sonrisa.

—Lo que tienes es la cara más dura que el cemento.

—Acércate, Karen. Siéntate a mi lado. Ella obedeció.

Jeff le rodeó la cintura con el brazo derecho, el único que tenía disponible.

—¿Te inclinas tú o me levanto yo?

—Teniendo en cuenta que estás herido, te ahorraré ese esfuerzo.

—Qué comprensiva eres, tesoro.

Karen se disponía a unir su boca a la del investigador, cuando tres hombres entraron en la habitación: Gary Parks, Max Butler y Billy

O'Connor.

Él beso hubo de suspenderse, con gran desconsuelo por parte de Jeff.

—¿Cómo va tu herida, Darrow? —se interesó Parks, sonriendo.

—Cada día mejor, teniente. Pronto me dejarán salir de aquí.

—Nos alegramos, muchacho —dijo Butler.

—En el Departamento no se habla más que de ti, Darrow —intervino

O'Connor

—. Te has hecho más popular que el programa de Ed Sullivan.

Todos rieron las palabras del pelirrojo.

—¿Qué llevas debajo del brazo,

O'Connor?

—inquirió Jeff. El agente carraspeó nerviosamente.

—Es un disco que me acabo de comprar. La *Novena Sinfonía* de Beethoven, por la Filarmónica de Berlín y Herbert von Karajan. Después de lo sucedido, no podría dormir tranquilo sin tenerla en mi discoteca...

Jeff, Karen, Parks y Butler rompieron a reír de nuevo. Charlaron unos minutos más.

Después, el teniente, el sargento y Billy

O'Connor

se despidieron del investigador y abandonaron la habitación.

Jeff volvió a rodear la cintura femenina.

—Vamos, cariño, que nos interrumpieron en lo mejor.

Karen Garrison volvió a inclinarse sobre él. Otra vez se abrió la puerta.

Charles Dubbins y Robert Egan penetraron sonrientes en la habitación y se aproximaron a la cama.

Jeff, irritado interiormente por la nueva suspensión del beso, tuvo que forzar una sonrisa.

—Hola, amigos.

—¿Cómo te encuentras, Darrow? —preguntó el crítico de arte.

—Magníficamente, Dubbins.

—Así se desprende por su aspecto, Darrow —dijo el pintor.

—La herida apenas me molesta ya.

Dubbins y Egan permanecieron unos minutos dialogando con Jeff. Cuando se fueron, el investigador indicó muy serio:

—Cierra la puerta por dentro, Karen.

—¿Que la cierre...?

—Sí, ya estoy harto de interrupciones. ¿Tú no? Ella sonrió maliciosamente.

—Yo también, Jeff.

—Pues hale, a cerrar la puerta, y, si viene alguna nueva visita, que espere o que vuelva mañana.

Karen hizo lo que le pedía Jeff y regresó, sentándose en la cama.

—Misión cumplida, cariño.

—¿A qué estás esperando, Karen? —le apremió él. La respuesta de ella fue acercarle los labios.

Se besaron apasionadamente. Jeff la estrechó contra su pecho.

Y como esta vez no hubo interrupciones de ninguna clase, pudieron seguir así durante mucho tiempo...

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



